

el Barrio Escrito

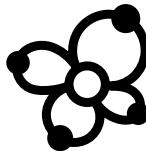
Antología del Primer Plan Lector Comunitario



escribir para leer

el Barrio Escrito

Antología del Primer Plan Lector Comunitario



escribir para leer



V. DORIA T.



El barrio escrito. Antología del Primer Plan Lector Comunitario

Editor

Rosa Matilde Carrasco Zuleta
Avenida Francisco Javier Mariátegui 183-D, Jesús María, Lima-Perú

Coordinación general: Rosa Carrasco Zuleta

Edición literaria: Daniel Soria

Diseño editorial y maquetación: Juan Pablo Campana

Lettering del título: Rosa Carrasco Zuleta

Ilustración de portada y contraportada (detalle): Víctor Doria T.

Primera edición digital, julio de 2025

@2025 Rosa Carrasco Zuleta

Libro electrónico disponible en:

www.escribirparaleer.com

Número de registro de depósito legal: 2025-XXXX

ISBN: XX-XXX

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso del autor.

Publicado con el apoyo del Ministerio de Cultura del Perú, en el marco de los Estímulos Económicos para el Libro y el Fomento de la Lectura-2024.

PROYECTO GANADOR DE ESTÍMULOS
ECONÓMICOS PARA LA CULTURA 2024



PERÚ

Ministerio de Cultura

Índice

- Prólogo 9
- Escribir para Leer 13
- Palacio de verano 17
- Edith López*
- El alma de San Felipe 25
- Jorge Rivera*
- El año del arquitecto 33
- Beatriz Caballero*
- Leo, el gato 41
- Margott De La Cruz*
- Mudanzas 49
- Stephanie Ramírez*
- ¡Miren cómo se aman! 59
- Carmen Zubiaga*
- Naturaleza urbana 67
- Víctor Obesso*
- Jueves en la plaza Cáceres 73
- Faviola Luján*
- Jesús María en mí 79
- Elizabeth Arce*
- 1.999.999 veces mejor 85
- Helba Cotillo*
- La señora Orfita 93
- Guillermo Fajardo*
- Participantes de Escribir para Leer 99
- Relatos e ilustraciones 105
- Colofón 109

Prólogo

Las antologías tienen algo de diverso y algo de unitario; en términos musicales, son como las variaciones alrededor de un mismo tema. Los escritores convocados en esta colección se parecen en que han vivido lo suficiente para echar una mirada a su pasado para completar el sentido que sus experiencias tuvieron cuando ocurrieron, pero convertidas ahora en literatura. Se parecen también en que el escenario privilegiado de sus temas es Jesús María. Correspondientemente, los relatos se ubican cada cual en su propia locación y tiempo para apropiarse de la memoria del distrito.

Como editor, uno de los aspectos más cautivadores de mi oficio es que aproximarme a los textos literarios que me ha tocado trabajar me ofreció siempre, de una u otra manera, la intimidad de sus autores: una manera de apreciar y entender el mundo, qué sucesos del caudaloso río que son todas las vidas preferían evocar para convertir en arte, qué clase de luz arrojaban sobre su materia narrativa. Sin embargo, cada texto literario por editar promete lo suyo propio, cualquier cosa que llene la expectativa siempre cumplida de que tu vida se pone al día con el presente con cada evento inesperado que termina por acontecer. Entonces sucedió.

En el orden en que los relatos aparecen en este volumen, primero habité un chalé que abrigó las efusiones de la sensibilidad de quien pasó casi toda su vida entre sus paredes con la certeza de que ese era —y todavía es— su lugar en el planeta.

Volví a caminar por los senderos de la Residencial San Felipe para gozar del equilibrio entre naturaleza y urbe, y no solamente

gracias a su diseño y concepción, sino también a una comunidad consciente de sus derechos.

Me mudé por primera vez después de los treinta años y lo hice otra vez sobre mis cuarenta y seis, pero nunca abandoné mi distrito. Por eso celebré la historia de una niña que va labrando su identidad con cada mudanza hasta la definitiva, cuando halla la mejor expresión de su ser en Jesús María.

Volví a caminar por las calles de un barrio que no fue el mío, pero al que me acercaron siempre mis idas y venidas por los alrededores de mis pagos. Fue ocasión para conocer allí a un gato honrado y protegido por los vecinos. El dulce felino, a cambio, alegra las mañanas y tardes de propios y extraños.

Conocí a una señora cuya hospitalidad me recuerda a los viejos y amables modos de ser vecinos. Resuelta su vida y reclamada por las necesidades que la tercera edad empezaría pronto a plantarle, sin embargo convirtió su amplia casa en refugio de los cercanos trabajadores que hallaron muy buen alimento, aderezado además por el afecto.

La plaza Cáceres, de la que creía saber mucho, escenario para mí del breve fulbito después del colegio secundario durante tres años, fue además el ámbito en que floreció un amor otoñal durante algunas mañanas de trotes invernales. La historia es real; el relato, otro capítulo en la larga historia de los parques.

Hube de regresar también al colegio donde acabé mi formación escolar; una pequeña institución educativa donde solían terminar sus estudios quienes no pudieron hacerlo en sus colegios, mucho más costosos y exigentes; pero no encontré lo

que esperaba, sino una bien nutrida biblioteca sobre todo en inglés, lecciones del más elegante francés y una sala de espejos para las lecciones de ballet. Los años que me separan de la autora de esas evocaciones me evitaron conocer un pasado de gloria, pero su Jesús María también fue la mía, apenas cambiada por el devenir natural de una era todavía apacible que anunciaba el mundo acelerado en el que hace tiempo estamos embarcados. Recuperé la fachada de una casa de la que todos decían que fue de un presidente que la historia ha confirmado como uno de los más honestos de los que se tiene memoria. Su atractivo y moderno diseño fue el fondo delante del que un grupo de vecinos dieron vivas a quien creían podía salvar al país. No fue así, pero una niña estuvo ese día sobre los hombros de su padre dispuesta a no olvidarlo.

Estuve de vuelta en la Residencial San Felipe una madrugada que un trasnochador alterado volvía a casa después de una francachela. Otro fue el rostro del conjunto habitacional, poblado de amenazas sobrenaturales que acechaban en el mismo corazón de una de sus emblemáticas torres.

Repuesto del susto, conocí la historia de un hermoso y especial niño que fue y vino por un conjunto habitacional creciendo a su particular manera y bienamado por los suyos, preparándose sin saberlo para finalizar su etapa escolar en los mismos límites de “la Resi”, como aprendieron a decirle sus jóvenes habitantes.

Y cuando ya la literatura me había ofrecido todos estos amables rostros de mi muy querida Jesús María, culminé mis funciones de editor acompañando a unos jóvenes colmados de los sueños que alentaron a una época bajo los muros protectores de la parroquia de una imponente iglesia gótica. Cristo se había

acercado otra vez a su rebaño gracias a sus buenos pastores en la Tierra, el amor fue nuevamente posible y la justicia prometía ser más justa.

Cada libro abriga la promesa de dejar huella en quien lo lee. Este libro está en condiciones de cumplirla desde su origen: un grupo de personas adultas convocados para participar en una experiencia llamada Escribir Para Leer, alrededor de la cual hubo buena literatura, un entrañable intercambio de experiencia y lecciones de ida y vuelta para relatar el devenir de un distrito que hicieron suyo a través de sus historias.

Daniel Soria
Lima, Jesús María, 2025

Escribir para Leer

Una apuesta por la producción editorial comunitaria

Este libro es parte de una idea originaria: la convicción de que la lectura no empieza con los libros, sino con el deseo de compartir lo que pensamos, deseamos y sentimos. Escribir puede ser, para muchos, un puente eficaz hacia la lectura. Por eso Escribir para Leer nace como un proyecto cultural y educativo, pero también como una declaración: la lectura no debe depender del acceso económico al libro, sino de la potencia de nuestra voz compartida y de las diversas formas en que un texto puede ser leído.

A partir de esta certeza propusimos una metodología que estimula la escritura creativa como forma de entrada a la lectura, y que convierte a los propios ciudadanos en productores de contenido significativo para sus comunidades. A eso le llamamos producción editorial comunitaria: una práctica que no solo rompe con el modelo editorial tradicional, sino que también devuelve el derecho a contar y a leernos en nuestros propios relatos. Para ello la actual tecnología sirve como un medio para cerrar brechas. Porque el libro fue arcilla, planta, cera, piel, papel... y hoy es también una pantalla que nos permite acercar lectura y crear comunidad, sin perder lo esencial: que el relato siga siendo un acto humano de encuentro, transmisión y sentido.

Trabajamos en espacios no convencionales, con jóvenes y adultos mayores de un distrito de Lima, convocándolos a escribir, a recordar, a imaginar y a encontrar en sus propias palabras una puerta de entrada al mundo del libro. Las historias que aquí se reúnen son testimonio de esa experiencia: son textos nacidos en talleres comunitarios, acompañados de ilustraciones también elaboradas por miembros del mismo entorno.

El Primer Plan Lector Comunitario se ha iniciado en la emblemática Residencial San Felipe, en el distrito de Jesús María, y estamos preparadas para verlo hecho realidad en diversos barrios del Perú. Nuestra apuesta es que estas obras circulen, inspiren, se lean y se escuchen. Que maestros, promotores de lectura, bibliotecas y hogares puedan apropiarse de ellas como parte de su Plan Lector. Que sean semilla. Porque cuando una comunidad escribe y se lee, se fortalece, se comprende y se transforma.

Este es solo el inicio de un círculo virtuoso entre la escritura y la lectura, que queremos seguir alimentando desde la colectividad, la sensibilidad y la creación.

Rosa Carrasco Zuleta
Escritora y coordinadora del proyecto Escribir para Leer



Ilustración de Edith López.

Palacio de Verano

Edith López

Desde que tuve uso de razón, la vi como un lugar mágico, enorme. Nuestro clan se reunía los domingos y los días feriados para pasarla juntos. Yo vivía con mi familia en el Centro de Lima, en un espacio de sesenta metros cuadrados en un edificio cercano a la avenida Tacna. En mi mente infantil, a pesar de su cercanía, ir a Jesús María era como cruzar un portal. era diferente: una zona eminentemente residencial, sin autobuses, con pocos automóviles circulando por las calles y muy apacible. En el límite entre Jesús María y el Cercado, el Campo de Marte era el umbral por el que entraba a otra dimensión.

La casa tenía un olor peculiar, a madera y petricor, a cemento; y como en ese entonces no estaba muy amobladada, se podía oír el silbido del viento cruzando el túnel del pasadizo principal, cuyo eco se propagaba por las enormes paredes de los cuartos. Para mi padre era su refugio, el lugar donde pernoctaba, en silencio, sin ninguna molestia. La había decorado sobria pero elegantemente. Cuidaba mucho de que no ensuciáramos nada, desde el piso hasta los muebles, al punto que, muchas veces, teníamos que sentarnos en banquitos de madera. A mi hermana y a mí nos encantaba recorrer las inmensas habitaciones olorosas a pintura fresca. Me complacía en releer una y otra vez los periódicos extendidos sobre el piso para proteger el parqué.

El Campo de Marte, aunque descuidado en aquellos días, era ante mis ojos un lugar maravilloso al que iba los domingos con mis padres a jugar en el Parque de la Madre o en el entrañable parque de diversiones Limalandia Park. Entre mis mejores recuerdos, hay uno que me conduce a ese lugar una soleada tarde de la segunda

mitad de 1987, compartiendo con mi mamá y mi hermana unos chizitos Chipy mientras los parlantes del parque propalaban a todo volumen el tema “That Ain’t Love”, de REO Speedwagon.

Un año más tarde, las idas a Jesús María empezaron a ocurrir los viernes o los sábados también, ya libre del colegio. Moría por acompañar a mamá si le tocaba ir solo a ella, pues alternaba sus visitas con una de mis tías. Hacíamos el trayecto por la berma central de la avenida Tacna, la avenida Wilson y pasábamos por 28 de Julio hasta llegar a la avenida De la Peruanidad, desde donde las casonas señoriales de estilo neocolonial que rodeaban al Campo de Marte eran la antesala para llegar a la mía, un hermoso chalet a media manzana. Esos paseos están entre los mejores que recuerdo haber compartido con mamá, quizás porque amaba ir ese lugar, tal vez porque fueron los últimos que tuvimos juntas antes de su precipitada partida.

El almuerzo de los domingos era el gran acontecimiento semanal. Luego de escuchar misa a las ocho de la mañana en el santuario de Santa Rosa de la avenida Tacna y después del desayuno, íbamos a pasar el día en Jesús María en el automóvil de papá desde la cuadra cuatro del jirón Callao, en el Centro de Lima. Era como un día campestre, como si fuéramos a un bungalow. Incluso llevábamos en brazos el televisor de 14 pulgadas a color adquirido con ocasión de la primera visita del papa Juan Pablo II. Ese día no se cocinaba; comprábamos pollo a la brasa en El Gigantón, emblemático restaurante cercano. El pollo y las papitas fritas venían envueltas en una película de plástico y papel manteca; la chimenea del local despedía un agradable olor al que nadie podía resistirse. El encargado de la compra era el hermano mayor de mi papá, a quien decíamos “Abuelito”. Bolsa en mano, avanzaba por el jirón Canterac y en la esquina con

Lloque Yupanqui, en la bodega de don Willy, a cambio del canje de botellas vacías, adquiría dos botellas grandes de gaseosa, una Coca-Cola y una Pepsi, las cuales, sorprendentemente, a pesar de no llegar al litro, alcanzaban para toda la familia, unas siete personas. Recuerdo el olor de las bodegas de entonces, cuyos intensos aromas me tenían cautiva. Acompañar a mi “Abuelito” o verlo llegar con aquellos manjares era motivo de algarabía. Sentados a la mesa, esperábamos a que papá bendijera los alimentos antes de empezar a comer. Solía sentarme a su lado a la hora del almuerzo, pues siempre me convidaba algo de su plato, aquel que servían primero y más rebosante.

Durante nuestra niñez, papá tuvo la costumbre de pedirnos tanto a mi hermana como a mí que le relatásemos un cuento. Recurríamos a aquellos en los que el antagonista era el zorro, quien terminaba invariablemente mal parado. Vivíamos a la búsqueda de un nuevo cuento para narrarlo en el próximo almuerzo.

Éramos las típicas niñas bien portadas que los padres aspiraban tener. Nunca les dimos problemas durante el colegio, siempre obtuvimos las mejores notas, no andábamos con los compañeros del colegio ni con los chicos del barrio. Nos decían que las calles eran peligrosas, así que nuestro refugio fue la lectura. Si bien en Jesús María no teníamos muchos libros ni revistas como en el Centro, encontré una colección de maravillosas revistas que le obsequiaban a mi papá los propagandistas médicos: *MD en Español*, una publicación ilustrada que además de artículos de medicina contenía otros sobre filosofía, historia y literatura. Era un deleite leerlas después del almuerzo en el tercer piso, tumbada sobre el parqué. Viajaba a Venecia, Filipinas, París. Me emocionaba con la historia de las antiguas civilizaciones de Egipto, Grecia y Roma; también eran mis lecturas preferidas la vida de personajes

notables como Franz Liszt, Robert Louis Stevenson y Vincent Van Gogh. Sentía haber estado en esos lugares o conocido a tales personas. El tercer piso me servía como retiro cuando había visitas, principalmente en las navidades. Arrullaban mis lecturas el ruido lejano de la música, las risas y el jolgorio.

Todo cambió en marzo de 1993 con la trágica muerte de mamá. Aquello fue el fin de la inocencia. La casa, otrora lugar de ensueño, se convertiría en un escenario incierto, camino a domesticarse, poblado de muebles, aparatos y rutinas diarias. Mi vida semanal en la vivienda del Centro de Lima se expandió en un área muchísimo más grande. Ausente mamá, la casa del Centro de Lima ya no era un hogar, y papá decidió que nos mudáramos definitivamente a Jesús María. Los ecos y el silbido del viento, señores antes del espacio, se trocaron en pasos acelerados, tintineos de ollas y platos, el batir de las puertas.

El cambio de vida ocasionó que se estrecharan nuestros lazos afectivos con papá. Vivir permanentemente en Jesús María significó conocer sus rutinas: a las seis de la mañana retumbaba la voz de Guillermo Llerena Marotti anunciando las noticias y entonando su editorial desde radio El Sol, para luego pasar a la hora de los boleros. Finalizados sus ejercicios y aseo matutino, se enfundaba en un bividí y una gorrita para sacudir religiosamente las ventanas de su cuarto antes del desayuno.

Papá conservó para sí la mejor habitación, aquella que daba a un hermoso jardín interior, desde el cual provenía a tempranas horas el festivo gorjeo de los pajarillos. Era una persona introvertida que rara vez hacía vida social; buscaba más bien el sosiego leyendo algún libro o revista, o escuchando música de sus estaciones de radio favoritas: Omega, Stereo Lima 100 y

Solarmonía. Es inevitable recordarlo vivamente al oír los acordes de los temas melódicos de Paul Mauriat o Fausto Papetti, sobre todo la *Serenata para cuerdas opus 3, número 5* de Haydn.

Vivíamos en la casa papá, tres de mis tíos, mi hermana y yo, pero durante la década de 1990 fuimos perdiendo un habitante cada dos años hasta 2001, cuando mi padre partió. La impronta que dejó fue muy grande como último varón y a la vez cabeza de familia. Al retornar de las exequias, los muebles, la sala y el jardín todavía retenían su aroma. Lo primero que hice para evadir las celadas de la nostalgia fue cambiar de ubicación los muebles.

Naturalmente, la casa fue testigo de un temporal duelo de egos femeninos que tuvo como protagonistas a mis dos tías ancianas que solo finalizó con el abandono de una de ellas, fallecida en 2007. Su contendora, la de carácter más fuerte, cayó en una paulatina ausencia a causa del Alzheimer. De pronto solo quedamos mi hermana y yo.

Solo el eco de días pasados empezó a oírse entre nuestras paredes. Empezamos así a crear nuevas tradiciones, pero adaptadas a las costumbres que aún seguimos manteniendo: ir a la misa dominical en la iglesia San José, reunirnos para las cenas cotidianas y las comidas del fin de semana, ver poca televisión y mantener abiertas las puertas a excepción de las que nos vinculaban con el mundo.

Un tiempo quise deshacerme del jardín interior; sentía que su mantenimiento era muy costoso, que no recibía tanto como le brindaba. Un día, mientras regaba el césped, el agua hidrató una planta de ruda que inmediatamente despidió su intensa e

inconfundible fragancia, y me transportó al recuerdo de mi papá y la rama de ruda que solía llevar en el bolsillo de su camisa. Lo tomé como una señal. Ir a ese lugar es permanente garantía de encontrarme con él una vez más.

El barrio ha cambiado mucho. El silencio es cosa del ayer. El tráfico es muy intenso durante casi todo el día a causa de la estratégica localización de la zona. De cinco vecinos que tenía, hoy son quinientos, recientes habitantes de los edificios multifamiliares que reemplazaron a las viejas casonas. Son nuevas caras, nuevas historias. Sin embargo, cuando ingreso a la casa es como entrar a un monasterio solo gobernado por los hábitos de mi hermana y los míos. Bajo los arcos de las puertas, la energía de los días pasados se combina con la del presente; historias de lucha, resiliencia y unión salen a mi encuentro una vez más. En mi estudio, me dedico a dibujar y pintar. La biblioteca atesora los libros heredados y los propios. El jardín, a falta de plantas, exhibe una única flor: la gata Tota, una siamesa que se mudó hace tres años con nosotras.

La vieja casa estilo *art déco* sucumbe bajo los efectos del deterioro y el tiempo, pero tomada por el espíritu de los moradores que la animaron. Antes, debido a su tamaño, me daba miedo entrar en sus habitaciones oscuras. Hoy, en cambio, se siente que en cada rincón se refugian sus almas. Muchos me aconsejan que la venda, pues los años hacen que su mantenimiento se haga cada vez más costoso. No lo haré. No solo es mi lugar, sino la conexión con mis raíces, con la gente que forjó mi identidad y temple. Caídas las tardes, a mi llegada del trabajo, me recuesto en mi desvencijado sofá de la sala. No necesito nada más. Cierro los ojos y veo a mi gente presente, poblando otras dimensiones, sonriéndome, caminando por los pasadizos y diciéndome que estarán conmigo mientras viva.



Ilustración de Laura Sofía Espinoza.

El alma de San Felipe

Jorge Rivera

La Residencial San Felipe era el mundo entero para sus niños, un microcosmos de edificios grises que escondían colores en cada esquina. Las torres y sus patios —a veces con ropa colgada y macetas descuidadas— eran testigos de las carreras, las risas y los gritos que llenaban las tardes.

Los *halls* y alrededores del primer piso eran el epicentro de nuestras aventuras. Desde que el Sol se inclinaba un poco hacia el oeste, sabíamos que era nuestra hora. Los gritos de “¡baja rápido!” rebocaban por las escaleras mientras los más puntuales ya colocaban dos piedras a modo de arco. El fútbol no necesitaba reglas complejas, solo patear y reír. Los goles eran motivo de burla amistosa o discusiones apasionadas que terminaban en un “ya, ya, sigamos jugando”.

A veces, cuando la rutina vencía al balón, surgía la clásica propuesta: “¿Jugamos chapadas?”. No importaba cuántas veces nos hubiésemos caído o rodado; nunca faltaba energía para correr, esquivar y exclamar “¡salvado!” cuando tocábamos la mágica pared que nos protegía.

Las escondidas eran otro nivel. Los ingeniosos encontraban refugio en los lugares más insospechados: tras las cortinas de un departamento cuya puerta siempre estaba entreabierta o en los rincones oscuros de las bodegas, definidos por su olor a humedad y un misterio que los hacía cautivantes. Allí, el miedo a ser descubierto competía con el placer de oír al buscador pasar de largo con la respiración contenida.

Cuando nos cansábamos de correr, las casas de los amigos eran nuestro refugio. Cualquier hogar era una extensión del nuestro.

Conocíamos los recodos de los departamentos, la voz de las madres llamando “¡a tomar lonche!” y las normas que regían los hogares. En unos había que dejar los zapatos en la entrada; en otros, la sala era intocable, y los juegos debían quedarse en el pasillo; eso sí, todos nos acogían con un cariño que solo un vecindario como el nuestro podía ofrecer.

Los padres de nuestros amigos eran como los propios. “¿Tienes hambre? Hay pan con mantequilla”, decía una señora sirviendo un jugo improvisado. Si te pasabas de la hora, no faltaba quien gritara desde la ventana: “¡Oye, ya te está buscando tu mamá!”. En ese momento, sabíamos que el juego del día había terminado. Las tardes eran diferentes y a la vez iguales; un mundo donde los problemas eran tan pequeños como los raspones en las rodillas y la felicidad tan grande como nuestras risas resonando entre los edificios. Éramos niños en estado puro, con un universo entero entre nuestras manos y los corazones llenos de aventuras compartidas. San Felipe era, más que un conjunto de edificios, nuestro reino, un refugio, el hogar extendido. En cada rincón aún resuenan las risas como ecos de una infancia que no se apaga. Ahí pasamos de ser niños a convertirnos en adolescentes y luego en hombres. Son miles de historias, pero una de ellas, relatada por César hace algunos años, ha cambiado mi modo de apreciar la realidad; ha filtrado lentamente gotas de desconfianza respecto de lo que creo saber de las cosas. No recuerdo exactamente cuándo lo conocí. Seguro de toda la vida. Él es un amigo, un vecino, casi un hermano menor.

César había pasado la velada en una animada y feliz reunión, pero el cansancio y el frío le pesaban más que los recuerdos de las risas y las historias compartidas. Unos amigos lo dejaron en el jirón Huiracocha, una de las cuatro vías que rodean la

Residencial San Felipe, en el lado opuesto a donde quedaba Las Casuarinas, su edificio. Se despidió y cerró la puerta del auto con un golpe seco que rompió muy brevemente un silencio casi absoluto, y se aprestó a cruzar el conjunto habitacional pensando solamente en su cama.

En la noche silenciosa, sus pasos resonaban en el asfalto. Apreciaba la tranquilidad reinante, pero también lo inquietaba. Las luces amarillentas de los faroles apenas alcanzaban a iluminar los amplios espacios entre los edificios. El aire tenía ese olor a humedad característico de la madrugada.

Conforme avanzaba, el eco de sus pasos se multiplicaba. Se detuvo por un momento, mirando a su alrededor, y el silencio volvió a envolverlo como un manto opresivo. “Debo estar paranoico”, pensó reanudando su marcha más rápido. La luna llena extendía su luz plateada, creando un ambiente de quietud casi sobrenatural. Con el corazón acelerado y los sentidos aguzados, avanzó más ligero todavía.

La niebla empezaba a levantarse. Las farolas proyectaban sombras alargadas y retorcidas que parecían tener vida propia. Podía sentir el frío calando su abrigo, perturbado por la penetrante sensación de ser observado.

De pronto, un suave crujido resonó tras él. Se detuvo, tensó los músculos y giró lentamente la cabeza. No vio nada, solo la densa neblina. Apuró aún más su marcha, tomado por un persistente y ominoso presentimiento.

Pasó junto a un pequeño parque, que encontró más oscuro de lo habitual. Las sombras de las ramas de los árboles se extendían como garras sobre el cemento; un columpio oxidado mecido

por el viento rompió el silencio. Tragó saliva y se acercó con cautela. El columpio chirriaba suavemente, como si una entidad invisible lo empujara. Un escalofrío recorrió su espalda.

Al llegar a la plaza central, un leve sonido llamó su atención: un tintineo metálico, como si alguien estuviera arrastrando algún objeto. Giró la cabeza, pero no vio nada. El ruido cesó tan repentinamente como había empezado. Súbitamente, las luces del farol más cercano parpadearon y luego se apagaron, dejándolo en penumbras. Casi tropezando, buscó la entrada de su edificio. Cuando estaba a unos metros, escuchó un susurro que se aproximaba sigilosamente por detrás. No eran palabras, sino un roce extraño, como el contacto de dos ásperas superficies. Entró presuroso y cerró la puerta con la respiración entrecortada y el corazón agitado. Afuera, la Residencial volvió a sumirse en una calma siniestra y la niebla siguió cubriendo la madrugada con su abrazo espectral.

Para llegar al noveno piso tenía que llamar al ascensor de los pisos impares. Siempre le tuvo un moderado temor a los elevadores. Cuando niño, los mayores atormentaban a los más pequeños apagándoles la luz al tiempo que saltaban y golpeaban las paredes de la cabina. Desde entonces, invariablemente, cuando se veía obligado a subir a uno, pensaba que era muy posible que se viniera abajo en cualquier momento. Echó una mirada distante a las escaleras y presionó el botón del ascensor con el índice tembloroso. Había algo inquietante en el silencio del corredor, apenas interrumpido por el lejano murmullo de una televisión encendida en algún apartamento. Uno de los fluorescentes parpadeaba. El ascensor tardaba en llegar. Finalmente, un zumbido mecánico anunció su movimiento. Las puertas se abrieron a medias con un chirrido áspero, dejando

un resquicio por el que apenas se podía vislumbrar el interior. Inclinó la cabeza intrigado y asustado. Entonces la vio.

Una mujer emergió de la penumbra del ascensor envuelta en un vestido rojo que ondulaba como llamas avivadas por el viento. Su rostro era pálido, casi translúcido bajo la luz parpadeante, pero sus ojos... sus ojos eran un abismo insondable, oscuros y brillantes como si contuvieran la noche. Su boca se abrió de un modo extremo, inverosímil, dejando escapar un sonido que era más un desgarrón en el aire que un grito. Se quedó helado, incapaz de moverse. El gemido, más que aterrador, no pertenecía a este mundo, como si hubiera tropezado con algo que no debió ver.

La mujer golpeó las puertas del ascensor con una fuerza descomunal, intentando abrirlas por completo. Sus manos, blancas como el mármol, se agitaban con violencia y sus perturbadores ojos estaban clavados en él como si lo acusaran de un crimen olvidado.

La pulsión de supervivencia finalmente lo sacó de la parálisis. Retrocedió tropezando con sus propios pies y giró hacia la escalera. No pensó, no planeó; simplemente corrió.

Mientras subía, los sucesivos vistazos que echaba a los pisos que dejaba atrás lo sumían en una reiterada pesadilla. En los rellanos impares, el ascensor lo seguía, iluminando sus números como una presencia consciente. No podía dejar de imaginar a la mujer en su interior, observándolo con aquellos ojos imposibles.

Cuando alcanzó su piso, casi derribó la puerta de su apartamento en su desesperación por entrar. Cerró con fuerza, pasó el cerrojo y se recostó contra la madera respirando entrecortadamente.

La seguridad de su hogar no logró calmarlo por completo: aún sentía aquellos ojos sobre él.

El pasadizo quedó en silencio. Se acercó lentamente a la mirilla, temblando. El elevador estaba quieto, con las puertas completamente cerradas, como si nada hubiera ocurrido. Se dejó caer en el suelo, apoyando la espalda contra la puerta. Afuera, la ciudad seguía su vida nocturna: bocinas lejanas, el murmullo de unos pocos televisores y conversaciones apagadas. No conseguiría dormir. Cada crujido en las paredes y cada movimiento de las sombras sería un recordatorio de lo que había visto. Aunque nadie más lo creyera, César sabía que algo había despertado en ese ascensor. Aquella noche, el edificio había mostrado un rostro que normalmente permanecía oculto entre las grietas de sus paredes y las sombras de sus esquinas; algo que latía entre las capas de concreto y ladrillo, que quizá siempre estuvo allí, esperando ser visto. La Residencial San Felipe no volvería a ser la misma para él. ¿Cómo se podría vivir en adelante con esa siniestra posibilidad?

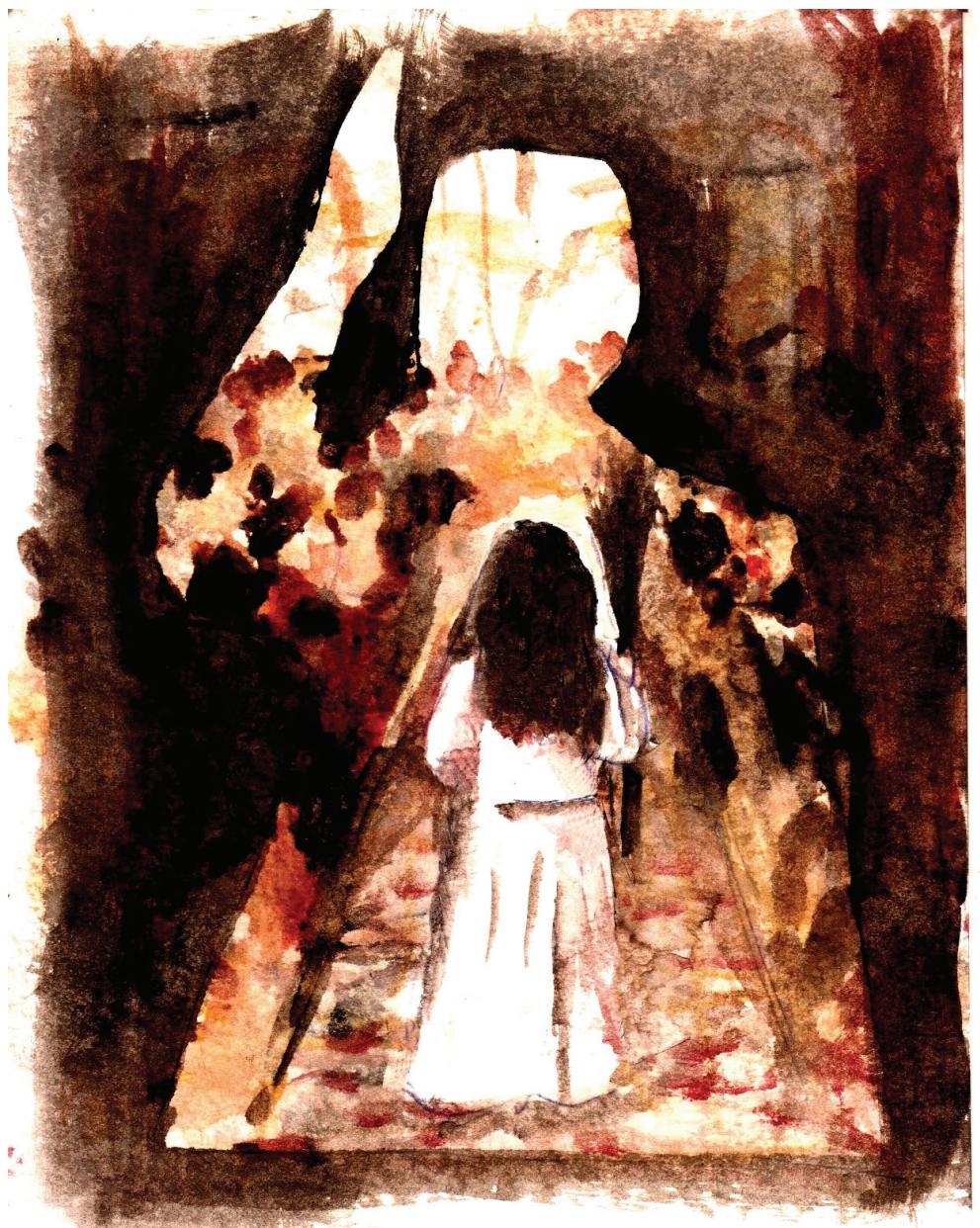


Ilustración de Jorge Rivera.

El año del arquitecto

Beatriz Caballero

—Beatriz, levántate. Se está haciendo tarde.

Es la voz de mi madre; la señal para ir al colegio. Estoy en el último año de preescolar. Soy una niña de siete años preparándome para ingresar a primaria. Mi madre no debería ser tan exigente. No necesito ir al kínder. Ya sé todo lo que debería saber.

Mi madre es una mujer gruesa y fuerte, de ascendencia italiana animada por la sangre negra de mis abuelos. Ella no es muy cariñosa. No demuestra mucho su afecto, pero nos quiere a su manera. Se preocupa por nosotros, cocina las comidas que nos gustan y nos mantiene limpios y sanos.

Soy la tercera de cuatro hermanos, la única mujer. Los dos mayores parecen avergonzarse de mí. Cuando vamos a misa, a la parroquia cerca de casa, evitan andar a mi lado; cruzan a la acera del frente y me vigilan desde ahí. ¡Qué patéticos!

Mi padre es muy reservado. Nunca contradice a mamá, a todo le dice sí. Se les ve tan bien juntos que yo quisiera tener un esposo igual a mi papá. Él trabaja todo el día. No llega hasta la noche, cuando todos nos reunimos en la mesa para cenar.

Qué flojera tener que levantarme para ir al cole. Es tan aburrido. Mamá se acerca a mí con un vaso de agua en una mano y una pastilla rosada en la otra. Dios, ¡qué fastidio! Tomo el vaso, la pastilla y hago los movimientos que indican que la he pasado. Ella me mira fijamente. Quiere leer mi mente. Abro la boca, le muestro la lengua y se va a la cocina. Ya a solas, regreso la

pastilla y la pongo detrás de mi cama, donde se une a una larga fila. Para mis padres soy muy delgada, quizá muy próxima a contraer alguna enfermedad. No como mucho. Las pastillas son para estimular mi apetito.

Vivimos en una gran casa con los padres de papá. Mi abuelo es un señor muy elegante que atusa sus grandes bigotes todas las mañanas. Mi abuela es una mujer sencilla que vive pendiente de lo que quiere su esposo.

Me visto rápido y me acomodo el cabello. Lo llevo siempre corto. Eso facilita la labor de mi madre, que no me tiene que ayudar a peinarlo.

Es un año muy importante porque estoy preparándome para hacer mi primera comunión. Para mis padres también lo es. Los escucho decir a menudo que vamos a cambiar de presidente. No entiendo mucho, pero ellos se muestran muy ansiosos, siempre pendientes de las noticias de la radio y los periódicos.

Llego a mi escuela; es chica, lo justo y preciso para niños de kínder. Todos vivimos cerca de ella. Mi casa está a una cuadra. Hoy nos han dicho que nos toca hacer el ensayo de nuestra primera comunión. La celebraremos en la parroquia de una de las iglesias más bonitas del distrito, San Antonio de Padua. Su diseño, muy moderno, destaca por sus grandes vitrales, que llenan de luces coloridas su interior durante el día.

Acomodados en fila de a dos, separados los hombres de las mujeres, caminamos en silencio hacia el altar por el centro del templo, las manos juntas, como si estuviéramos orando. Nos aproximamos al sacerdote y, uno a uno, esperamos que nos ofrezca la hostia.

—¡No la mastiquen! —nos advierte la profesora—. Es como si estuvieran masticando a Jesús. Tienen que tragársela una vez que se haya ablandado.

Luego daremos la vuelta y regresaremos a nuestros asientos. Nuestros padres estarán sentados a tres filas de nosotros. Un día antes de la primera comunión tendremos que ir al confesionario para revelar nuestros “pecados”, eso sí.

Mi madre está muy ocupada en el vestido que me pondré. Fue hasta el Centro de Lima para alquilarlo. Es tan hermoso; parece que fuera de novia. Harán juego muy bien el tocado, los guantes y una carterita en forma de corazón del mismo encaje que el vestido, donde guardaré mis estampitas. Me encanta. Me gana la impaciencia por que llegue el momento de lucir todo mi atuendo.

Mi papá está feliz porque su única hija hará su primera comunión. Incluso se emocionó cuando me vio probarme el vestido. Es un hombre alto y de manos grandes. Suele usar tirantes, que le quedan muy bien. Cuando mis hermanos me fastidian, siempre me defiende y consuela. Él nunca se molesta. Si tiene algún problema con mamá, sale a la calle a fumar un cigarrillo. Nunca discuten.

Entre ensayos y pruebas la casa anda alborotada, cuando de pronto anuncian en la radio que ya han proclamado al nuevo presidente. Mis abuelos y mis padres se abrazan. Ha ganado las elecciones el arquitecto Fernando Belaunde Terry.

—¡Vamos a felicitarlo! —propone mi padre lleno de alegría.

Para nuestra suerte, el flamante presidente vive a pocas cuadras de nosotros. Salimos todos, y en el camino nos encontramos con varios vecinos que tuvieron la misma idea. Su casa es de un solo piso, la fachada con ladrillos caravista y pintada de blanco. Cerca a la puerta de entrada se yergue una buganvilia de flores fucsia. Ya había mucha gente esperando que saliera el arquitecto gritando “¡viva el Perú!” y cantando el himno nacional.

Agarrada fuertemente de la mano de mi padre, no entiendo mucho lo que pasa, pero estoy igual de feliz al ver a mi familia tan contenta. Todos esperan nerviosos que el arquitecto salga. Cuando lo hace empiezan a aplaudir y gritar “¡viva el Perú!”, pero no logro ver nada. Papá se da cuenta, se agacha para cargarme y me sube sobre sus hombros. Puedo ver ahora al arquitecto sonriéndonos y saludando con la mano en alto, agradecido de las muestras de afecto de sus vecinos.

Lo encuentro muy parecido a mi padre, de nariz grande y profundas entradas que le amplían la frente, las cejas gruesas. La principal diferencia es que mi padre es más delgado. También me gusta el nuevo presidente, tal vez sea por esas similitudes. Es muy carismático y amable.

Es tarde. No estoy acostumbrada a estar despierta hasta tan de noche. Bostezo constantemente. Mi madre se da cuenta y me manda a dormir. Ellos siguen celebrando.

Han transcurrido varias semanas. El nuevo presidente ya está ejerciendo su mandato. Según lo que escucho decir a los mayores de la casa, pareciera que el Congreso no le da su apoyo total. Eso hace que no pueda realizar todas las cosas que quisiera. Pero en mi casa todo es alegría porque ya llegó el gran

día de mi primera comunión. Estoy vestida con mi traje largo de encaje, mis guantes y mi tocado, pero quisiera sacarlo de mi cabeza: o mi cabello es muy suave o me queda muy grande; se resbala constantemente y se forma un cerquillo sobre mi frente. No me gusta. Mi madre insiste en que tengo que llevar el tocado.

La ceremonia es espléndida. Todos estamos de blanco, las mujeres con sus trajes largos y los hombres con saco y pantalón también blancos. Dentro de la iglesia no permiten que nos tomen fotos hasta que termine la ceremonia.

Tomo la hostia y casi me atoro, atravesada como está entre mi paladar y mi lengua. No sé cómo pasarlala. La arrimo con mi lengua, siempre con la boca cerrada, y no puedo esperar a que se ablande, así que la mastico con la mala conciencia de estar haciendo algo incorrecto. Siento todas las miradas acusadoras sobre mí.

Termina la ceremonia y volvemos al colegio, donde nos han preparado un rico desayuno: chocolate caliente y una hermosa torta. Lo tomamos bajo una glorieta adornada con dos muñecos en el centro, hombre y mujer en representación de nuestra comunión mixta. Al final, nos tomamos fotos e intercambiamos estampitas.

Todos esos amigos quedaron en mi recuerdo. Nunca más los volví a ver. Sé de sus nombres porque los relaciono con los rostros de las fotografías que aún conservo. Al mirarlas con detenimiento veo que en todas las imágenes mi tocado está inclinado y una porción de cabello resbala por mi frente.

Fue el año del arquitecto; el primero de un gobierno que acabó mal; el primero de mis años en que empezaba a construir eso que llamamos “uso de razón”; el uso de la inteligencia y también el del afecto.



Ilustración de Margott De La Cruz.

Leo, el gato

Margott De La Cruz

Una tarde soleada de diciembre de 2022, estaba acodada en la ventana de mi casa, cuando de pronto vi frente a mi puerta a un gato blanco con su corbatita michi color azul; un felino grande de apariencia muy dócil. Rápidamente salí y me acerqué cautamente, pensando que se iba a escapar si me precipitaba.

—¿Te perdiste, michito? ¿Qué te pasó? —le pregunté pasando mi mano por su cabeza.

Cerró los ojos y elevó el hocico, aceptando mis caricias. Sé por experiencia que el primer contacto con los gatos debe empezar solo con una rascadita en la cabeza para acariciarle luego el lomo antes de llegar al final. No les gusta que les toquen la parte baja de la espalda. De pronto se irguió. Pensé que iba a saltar, pero lo hizo para mirar de un lado a otro, como buscando a alguien. Lo dejé ahí y volví a casa.

—Seguro ya te vienen a buscar. ¿Por qué eres travieso? Aquí te dejo comida y agua —le ofrecí señalando un plato de croquetas y agua limpia.

Desapareció unos días. Pensé que ya lo habían encontrado sus dueños o que había regresado a su casa. A la semana volvió a mi puerta. Ya no estaba tan blanco ni tenía la corbatita michi. Me observó como queriendo expresar su abandono, la mirada brillosa y un tierno gesto de tristeza. Al ver sus ojitos medio pardos, medio chinitos, vi los ojos del gran futbolista argentino, así que le dije:

—Te vas a llamar Leo Messi.

Inmediatamente, le volví a ofrecer un plato de croquetas, que devoró en el acto.

No puedo adoptar a Leo porque tengo a Oyuki, una gatita tipo persa también perdida o abandonada, y que a diferencia de Leo, que se deja acariciar por cualquier persona, teme a los extraños y pelea fácilmente con otros gatos.

Antes de ella tuve a Fushoko, mi primer gato, que al igual que Oyuki y Leo fue abandonado en mi puerta muerto de hambre. Tenía apenas tres meses, era muy dulce, dócil y noble. Cuando llegó Oyuki, la aceptó inmediatamente. A los pocos meses los esterilicé a ambos. De no hacerlo, los gatos se van, pelean y pueden hasta perder un ojo.

Oyuki molestaba a Fushoko; cada vez que pasaba por su lado, ¡zas!, le daba un manazo y salía corriendo. Él nunca reaccionó. Parecía el hermano mayor que soporta las bromas de la hermanita engreída. Un día enfermó, y pese a los análisis, atenciones, internamientos y hasta una operación, tuvo que partir para no sufrir. Si no fuera por Oyuki, que me acompaña hasta hoy día, me hubiera deprimido sin remedio.

Leo se perdía durante el día y aparecía al atardecer. Le acomodé una caja para que durmiera, y en adelante le llené sin falta su plato con croquetas y cambié el agua. Al poco tiempo, unas vecinas me preguntaron si era mío, pues se parecía a un gato que habían dejado en la casa de una ancianita muy dulce que lo cuidó mientras le duró la vida. Cuando les conté cuándo y cómo apareció, confirmaron que se trataba de él, pero no sabían su nombre. Su antigua dueña lo adoptó porque una pareja de jóvenes llegados de provincia para estudiar que se alojaron

brevemente al lado no pudieron llevárselo cuando se fueron. Ellos lo habían rescatado de la calle muy cerca del Campo de Marte cuando era aún pequeño. Supe entonces por qué Leo era tierno, confiado y valiente.

Transcurridos los días, Leo se hizo muy conocido. Primero, una chica que siempre pasaba muy seria delante de mi casa me preguntó si estaba esterilizado. Otros decían al paso “pobre gatito que está en la calle”. Algunos lo veían retozando en el jardín o en plena vereda sin miedo a que lo pisaran. “Cómo lo tienen en la calle”, se preocupaban. Para evitar cualquier denuncia, les explicaba que Leo no era mío, que no lo podía adoptar porque tenía una gatita adentro que era arisca, que podían lastimarse, etcétera, etcétera, etcétera.

Las aventuras de Leo empezaron en la cuadra 6 de la avenida Santa Cruz. Cierta vez desapareció varios días. Una vecina vino a decirme que lo había visto a la vuelta acompañando a una gatita que parecía preñada. Leo estuvo de su cuidador para que no la molestaran otros gatos. Luego llegó un grupo de auxilio de gatos abandonados y se la llevaron. Solo entonces Leo volvió. Gracias a Leo tomé mayor contacto con el barrio. Una vecina del edificio del frente hacía colectas para comprarle paté. Una señora que deja comida en Pumacahua para los gatitos abandonados también terminó beneficiando a Leo, pues iba a gorrearles un poco. Con tres vecinas muy próximas hicimos un grupo de WhatsApp para estar pendientes de Leo: Las Gatúbelas. Ellas se encargaron de la esterilización y organizaron los turnos para que Leo siempre estuviera al cuidado de alguien. Clarita, muy comprometida con las causas vecinales, ofreció cuidarlo en su jardín, otra prestó una caja Kennel para llevarlo y traerlo, y otra lo acompañó al veterinario. A los tres días, Leo estaba nuevamente en casa.

Leo acompañaba a los adultos mayores y a los enamorados que frecuentaban el parque Santa Cruz. Seguro que extrañaba a sus amos anteriores. Después encontró la casa de Pumacahua donde los gatos se acomodaban en la ventana o en el jardín. Allí se enamoró de una gatita, a la que iba a ver todos los días después de comer. Al lado, hay un nido. Poco a poco, Leo se hizo conocido entre los niños. Se dejaba acariciar por los más atrevidos bajo la supervisión de una persona mayor. Algunos osados o confiados lo hacían por su cuenta; entonces las mamás gritaban levemente alarmadas “cuidado con el gato”. Cuando se iban, Leo se tendía a dormir sobre el césped sintético del nido. Un día, Leo jugaba con un niño, y de pronto apareció una señora con su perro. Leo lo vio acercarse. Como le pareció que iba a atacar al pequeño, no dudó en levantar la pata para espantarla. El perro saltó asustado, su ama empujó con el pie a Leo y este respondió con un zarpazo que le hizo un pequeño rasguño en la pierna. La señora, escandalizada, vociferó:

—¿De quién es el gato? ¿Cómo permiten gatos en un nido?

Pero no quedó ahí. Llevó fotos de su rasguño a la Municipalidad y exigió que los serenos lo llevaran a otro distrito, que lo abandonaran en otro lado. Felizmente, enterada una gatúbela de lo ocurrido, fue presurosa a explicar a las autoridades que Leo era dócil, que si había atacado fue solo para defenderse. Luego de contar su historia, buscó a la señora para darle explicaciones. Él ya no volvió al nido. Ahora los niños vienen a buscarlo.

Leo se gana rápidamente el cariño de los vecinos, principalmente de los pequeños que pasan. Sonríen con emoción cuando logran acariciarlo largo rato mientras se estira y muestra su panza. Algunas alumnas del colegio Fanning, los enamorados

del parque, los vecinos que pasean a sus perros y las vecinas preocupadas por los gatos de la calle preguntan por él y lo visitan de vez en cuando. Incluso, cuando lo ven en la calle, le hablan:

—Leo, ¿qué haces por aquí? Vaya a su casa —lo reprenden cariñosamente. Él los mira y sigue su camino.

Hay una niña en particular, Emilia, que le decía: “Gato Leo, gato Leo”, y le llevaba croquetas o paté, que gustosamente recibía. También le compraba sus juguetes. Para ella y su nana, era una alegría encontrarlo en su caja durmiendo. Y si no lo hallaban, la nana decía:

—Vamos, Emilia, el gato Leo debe estar en el parque.

Como se deja acariciar fácilmente, los niños gozan al pasar sus manitas por su cuerpo peludo. Es grato ver cómo los padres enseñan a sus pequeñitos a decir “gato” señalando a Leo, y ellos repiten “ato, ato”. Se entabla entonces una conversación muy amena entre padre e hijo en torno a él. Si no pueden acariciarlo, les explican a sus niños que está cansado, tomando la siesta o que acaba de comer, y que ellos también tienen que ir a hacerlo. Los que no saben su nombre lo llaman: Blanco, Gringo Karl, Cabezón o simplemente Michito. Es un miembro más de la comunidad jesuスマariana de los alrededores del parque Santa Cruz. Incluso lo han visto en el pequeño parque de Talara, y ha llegado hasta la plaza Cáceres. Cruza la avenida Santa Cruz, de doble sentido, sin temor, no sin antes percibirse de que no haya carros. Salva la pista en dos brincos y continúa con su caminar relajado y pausado. Si es verano, le gusta dormir en el césped recién cortado bajo la sombra de un buen árbol; si es invierno, se enrolla dentro de su caja arrullado por el susurrar de las garúas.

Pese a ser un gato de la calle, Leo es muy exquisito en sus gustos. Su plato favorito es el paté de pavo. Inicialmente le gustaba la pechuga de pollo a la brasa, pero como es dañino, ahora solo le damos comida de gatos.

Leo llegó a tener una decena de bolas para jugar. Le gustaba una en particular porque cambiaba de color al rebotar. La tiraba desde la casa hasta el jardín exterior y corría tras ella —haciendo honor a su nombre—, la mordía, la volvía a lanzar y retorcía su cuerpo de emoción. También le gustan las bolitas de ping pong, seguro por su especial sonido cuando rebotan. Parece un arquero cuando la atrapa en el aire o se estira para atajar un gol. Usualmente, un perro abandonado todavía confía en los humanos, pero un gato en la misma situación huye de ellos. Leo es una excepción porque encontró un lugar donde sentirse seguro y recibe cariño y atención. ¿Por qué otros gatos abandonados no pueden tener las mismas posibilidades de Leo? Solo requiere un poco de interés, acomodar una caja en la puerta o en el jardín, ponerles croquetas en un táper y llenar otro con agua limpia. Y si no es posible, por lo menos no los lastimemos. Solo dejémoslos pasear tranquilos por las calles. No tenemos la menor idea de lo que sufren los que no tienen hogar.

Leo sigue dando sus paseos en el día y en la noche. A veces se estira en la mitad de la vereda a la espera de una caricia. Él aprendió que tanto las personas como los perros que pasean no lo molestarán; y si siente peligro, porque se aproxima una mascota nerviosa, saltará tras las rejas de la casa a resguardarse como diciendo:

—¡Esta es mi casa! —con la serenidad de ser querido.



Ilustración de Camila Reinoso.

Mudanzas

Stephanie Ramírez

Los adultos creen que los niños suelen hacer amigos con facilidad. Esto no siempre es cierto, en especial si eres una niña curiosa y te llamas Alicia. Si te preguntas qué tenía ella de malo, la respuesta es: nada más allá de las curiosidades y extrañezas que caracterizan a los más pequeños.

Sus recuerdos de la infancia la llevaban a la Ciudad del Deporte, en Ventanilla, y a la casa de sus abuelos en provincia, donde solía pasar las vacaciones. Era común que sus días se dividieran entre su hogar, pequeños ratos de juegos con sus amigos y la escuela. A diferencia de muchos niños que desean que sobre su escuela caiga un meteorito, ella amaba la suya y era uno de sus lugares favoritos.

Aunque había pasado tiempo desde su primer día de clases, aún era capaz de recordar la imagen casi mágica de Sarah, su hermana mayor, con su uniforme de colores, zapatos de charol, trenzas sujetas por lazos a los lados y su pequeña mochila. El evento despertó una emoción especial en ella, y desde esa luminosa mañana le pedía a su mamá que la llevara a la escuela. —Mamá, maaa, y... yo quiero cuela, quiero escuela po... por favooor, ¿sííí? —rogaba al borde del llanto cada vez que Sarah partía. Fue tal su insistencia que su madre terminó inscribiéndola a pesar de que era muy pequeña.

Estratégicamente, los profesores hacen creer a sus pupilos en su primer día de clases que todo se trata de una fiesta. Disfrazan así enseñanzas con juegos y actividades divertidas para hacerlos caer en la amable trampa. Si alguien les dijera que en unos años

pasarán de aprender los colores o sumas como $7 + 3$ a realizar operaciones matemáticas donde hallar la “x” será el menor de sus problemas, tal vez perderían su temprano entusiasmo.

Si para los ojos de un adulto la escuela era bastante grande, para los de un infante era casi como estar en un castillo vigilado por tres enormes torres alrededor de un enorme patio. Cada uno de sus edificios correspondía a un grado, de nido e inicial hasta secundaria, pasando por primaria.

Desde el inicio, Alicia se preparaba con esmero para ir a la escuela, siempre acompañada de su pequeña lonchera, donde su biberón aguardaba la hora del refrigerio. Su destino, no muy lejos de casa, le permitía volver en compañía de Sarah sin problemas. Los profesores, cálidos al enseñarle, la hicieron sentir que tenía un segundo hogar, en el que irían tomando forma lo que serían felices recuerdos.

A los siete años, escuchó que sus padres hablaban de llevar unas cajas. Curiosa, se ofreció insistentemente a acompañar a su papá en la misión. El viaje fue largo pero nada aburrido. Conforme recorrían las calles, animados por el rock setentero que tanto le gustaba a su papá, las viviendas algo grises comenzaron a cambiar por grandes árboles y jardines en toda la avenida. “Esto no parece ser Ventanilla”, se dijo en silencio.

El edificio al que llegaron, color añil pálido, destacaba porque cada ventana tenía un alféizar en el que sus propietarios ensayaban sus habilidades de jardinería. El padre de Alicia, llevando dos cajas en los brazos, cruzó la entrada. Alumbrados ya el vestíbulo, los pasadizos y las escaleras, el interior se sentía frío y vacío. Ella lo siguió de cerca, tímidamente. En el segundo

piso, avanzaron el corredor unos metros, se detuvieron, su papá sacó unas llaves y abrió una puerta de madera pintada de blanco. Todo estaba oscuro dentro. Sin mediar palabras, dejó la caja en el piso y anunció:

—Esta será nuestra nueva casa. A la próxima traeremos a tu hermana también.

—¿Nueva casa? —interrogó ella con incredulidad.

Recorrieron el camino de regreso en silencio, solo ocupado por el intenso volumen de la música. Dentro de Alicia daban vueltas las palabras de su padre, pero sin comprender plenamente lo que traerían.

Todo se suscitó aceleradamente y sin despedidas más allá de un “hasta luego” con la ilusión de que no se convertiría en un “adiós”. Aún bajo el hechizo de la niñez, ella creía firmemente que Ventanilla quedaba a corta distancia de San Borja, así como que la Patagonia solo estaba a unas cuantas horas de distancia en bus, de manera tal que podría visitar a sus amigos cuando quisiera. Sería esa la última vez en que vería a quienes llenaron de gozo lo mejor de su niñez.

La nueva casa era más pequeña, pero el buen gusto de mamá y su predilección por la madera crearon un ambiente elegante y acogedor a la vez. Los departamentos eran nuevos, sus habitantes, no. Alicia y Sarah no tardaron mucho en darse cuenta de que se habían mudado a un geriátrico de siete pisos, cuya única perturbación eran un par de pequineses de la vecina del 301.

Poco después de la mudanza, no faltó mucho para que empezaran el colegio. Este era un edificio de tres pisos, un patio y aulas de

tamaño mediano, sin los amplios espacios a los que se habían acostumbrado. El leve sentimiento de ser prisioneras fue compensado una vez que advirtieron que estarían más cerca una de la otra, pero el alivio se disipó cuando enrumbaron cada una a su salón. Al cruzar la puerta, escoltada por el profesor, la algarabía de sus futuros compañeros de clase se fue apagando hasta tornar al aula tan callada como un cementerio por la noche.

—Chicos, ella es Alicia. Será su nueva compañera. Sean buenos y traten de mostrarle la escuela —solicitó el profesor en tono amable y le señaló su pupitre.

Silenciosamente y bajo las miradas atentas y penetrantes de sus compañeros, se deslizó furtivamente como una sombra. El asiento designado a la alumna nueva era el penúltimo de la primera fila apenas uno ingresaba al aula, lo que creaba un punto ciego para cualquiera que pasara por el umbral. “¿Será que tengo algo raro?”, se inquietó Alicia mientras se investigaba a sí misma tratando de ver si algo no encajaba, hasta que escuchó una tenue voz.

—Hola, soy Liliana, pero puedes decirme Lili. No eres de por aquí, ¿no? —la interrogó su compañera de al lado mientras giraba sobre su asiento para estar cara a cara. La pequeña tenía las mejillas rechonchas y un par de coletas que le daban un aspecto afable y juguetón.

—Ehhh... no. Me mudé hace poco —respondió tímidamente.

—¡Ohhh!... ¿Y dónde vivías antes?

—En Ventanilla...

—Mmm... —entonó pensativa Liliana haciendo una mueca como si estuviera escarbando en su memoria y exclamó—: ¿y dónde queda eso?

—¡Niñas! —cortó con severidad el profesor. Ambas casi se despegaron de sus asientos al verse descubiertas hablando—. Cuando termine la clase podrán conversar todo lo que quieran. Ahora atiendan —solicitó en un tono más amable y se volvió a la pizarra.

Liliana encogió sus hombros con resignación y giró para mirar frente. Alicia se rindió sobre la fría pared verde que tenía como vecina permanente. Fue en ese momento en que cayó en la cuenta de que estaba en un lugar totalmente diferente. Fueron las horas más largas que había experimentado en su vida, hasta que sonó la campana que anunciaba el recreo. Todos se apuraron en salir con alboroto y rapidez como si el aula hubiera empezado a arder; excepto Alicia, que se asomó fuera con cautela y con una sola idea en mente: encontrar a su hermana mayor.

Luego de buscar por todos lados, Alicia optó por dirigirse a la losa que servía como lugar de juegos para los alumnos. No era muy grande, pero sí lo suficiente para todos. Allí encontró a Sarah rodeada de sus compañeros. Se acercó esquivando un par de pelotas que algunos niños pateaban diestramente de un lado a otro. Su hermana la reconoció a la distancia y la llamó efusivamente.

—¡Alicia, ten cuidado que te volarán la cabeza de un pelotazo! Te dije que te iría buscar a tu salón.

—¿Es tu hermanita? —le preguntó una chica de cabellos dorados y una sonrisa en el rostro mientras se acercaba a Alicia.

—Sí. Espera un rato que la llevaré para que se compre algo en el quiosco —respondió tomando a Alicia de la mano. Una vez allí, Sarah metió la mano en uno de los bolsillos de su falda para sacar dos monedas de cinco soles y darle una a Alicia. Un

queque de zanahoria, una gaseosa Chiki color rojo, un chocolate Mostrito y un Beso de Moza fueron la elección del día.

Cuando Alicia volvió a encontrarse con Liliana, no conversaron mucho. El hielo tardaba en derretirse. Al cabo de dos minutos, su reciente compañera comenzó a moverse en su propio asiento y a mirar a uno y otro lado. Fue ahí que se le ocurrió la idea de presentar a Alicia a su grupo de amigas. Siguió a Lili hasta el tercer piso. Allí, cuatro chicas conversaban animadamente conforme devoraban sus refrigerios. Lili fue a su encuentro, pero Alicia no la siguió. Lili y una de sus amigas conversaron brevemente y le hicieron señas para que se acercara. Las niñas abrieron espacio para que todas pudieran sentarse. No había terminado de acomodarse cuando le llovieron las preguntas: ¿de dónde eres? ¿Cómo era tu antigua escuela? ¿Tienes hermanos? ¿En qué trabajan tus papás? ¿Te vas a comer eso?... Alicia trató de responder como pudo, pero rápidamente dejó de ser el centro de la atención.

Con los días, Alicia se aislaba poco a poco del resto. Se redujeron a ir a clases, comprar algo en el puesto de comida y esperar a Sarah, que solía quedarse unos minutos con ella. Una vez que su hermana pasó a secundaria la situación empeoró, y a pesar de que ella también llegó a la media escolar, su situación no cambió mucho: no conseguía encajar.

Sarah terminó la escuela dos años antes que Alicia y partió a la universidad. Este cambio llegó con el deseo de sus padres de mudarse de nuevo, movidos por querer pasar más tiempo con sus hijas. Esta vez sería cerca del lugar donde trabajaban y no muy lejos de la universidad a la que asistiría su hija mayor. Jesús María no era un nombre desconocido para ella, puesto que

los fines de semana solía pasarlos en el negocio de sus padres en el distrito. A diferencia de donde vivía, era un lugar dinamizado por el comercio y su céntrica ubicación. Al momento de irse de su colegio, Alicia solo se despidió de sus profesores. No hubo necesidad de más adioses.

Nueva casa, nuevo colegio y la misma monótona rutina: presentación, clases, exámenes, muchos exámenes; sin embargo, un día un golpe seco y pesado perturbó su soledad. Un ejemplar de *El Comercio* aterrizó sobre el pupitre del frente, arrojado por una chica alta que no había visto antes. No se sentó de inmediato, para conversar con su amiga de al lado. Alice vio que el diario había caído abierto en la página de un artículo titulado “Anime Fest”. Estaba más que familiarizada con lo que se expondría en ese evento; amaba el género al punto que solía pasar sus tardes libres viendo series de animación japonesa. Lo pensó un par de minutos y se decidió:

—Disculpen... —interrumpió la conversación con un susurro. Las dos jóvenes giraron al mismo tiempo—. ¿Podrían prestarme su periódico?

La chica más alta contestó con fuerza:

—¡Holaaa! Soy Vicky y ella es Lidia —exclamó con una sonrisa de oreja a oreja haciéndole una seña para que se acercara—. ¿También quieres ir?

—Si quieres asistir, puedes unírtenos. Así ya somos tres, y sería más seguro para todas —dijo Lidia.

Al llegar a casa, Alicia conversó con sus padres para pedirles permiso. Se lo dieron encantados e intrigados al mismo tiempo: no era común que su hija saliera con otros compañeros más allá de las actividades grupales de la escuela.

Nova, emblemática panadería del distrito de Jesús María por varios años, fue el punto de encuentro. Primero llegó Lidia y luego Alicia. Estaban en una amena conversación cuando sintieron un ligero repiqueteo sobre el vidrio que las separaba de la calle: Vicky tenía el rostro pegado con una sonrisa enorme.

—Chicas, ¿ya están listas? Hay que apurarnos para tomar un buen lugar. Vamos, vamos, levanten esos traseros —exclamó la alta muchacha de voz fuerte.

Alicia se sintió extrañamente cómoda con sus dos compañeras a pesar de haberlas conocido hacía solo cuarenta y ocho horas, al punto de dejar pasar el tiempo sin sentirlo. Fue la primera de sus breves aventuras por el barrio después de la escuela. Descubrió así que para comer un buen helado, entre los mejores de Lima, no había que salir del distrito sino encaminarse a la heladería Palermo y sentarse en una de las bancas de la plaza San José para apreciar a sus anchas la imponente iglesia de estilo gótico, llamada igual, cuya belleza latía desde el corazón del distrito.

En adelante, cada salida a la plaza, cada caminata por el óvalo de Santa Cruz o el Campo de Marte lograron que Alicia abriera su coraza como un polluelo que rompe el cascarón. Había encontrado un lugar al cual pertenecer, y no habrían más mudanzas.

SAN JOSÉ



Ilustración de Rosa Carrasco Zuleta.

“¡Miren cómo se aman!”

Carmen Zubiaga

A pocas calles de la cuadra 12 de la avenida Brasil se levanta un imponente templo católico de estilo gótico, definido por sus numerosas ventanas de estilo ojival, tres enormes puertas que dan al parque San José y dos altas torres cual dos espadas puntiagudas que se alzan desafiantes hacia un cielo casi siempre gris. Hace algunos años, las campanas de esas torres eran muy bien atendidas por su campanero, quien las tocaba según la ocasión: repiqueteaban vivaces los días de fiesta, mientras en los ordinarios un sonido seco y solemne marcaba las horas, y, por supuesto, las campanas dominicales o de días de fiestas de guardar llamaban imperiosas a acudir a misa. Para mi joven y atenta sensibilidad, esas campanas tenían un encanto especial, quizás porque mi imaginación atesoraba las historias en las que los campanarios estuvieron presentes.

Fueron las campanas las que trajeron a mi hermano y a mí a la parroquia un día de 1970, regentada desde siempre por la Orden de los Carmelitas Descalzos. Ahora que evoco ese tiempo, me gustaría saber si habrán carmelitas calzados (nunca se me ocurrió preguntármelo). Lo que sí es cierto es que no había sacerdotes peruanos (¡cómo producían curas los españoles!). Ahí estaban el padre Paulinito, el padre Juan Bautista y uno muy serio llamado Atanacio. Para completar el grupo que requerían formar, llegó un joven sacerdote llamado Martín Arraztio, natural de Pamplona, al que de inmediato se le encargó la Pastoral Juvenil con la tarea de congregar a la juventud de Jesús María alrededor de las nuevas ideas que comenzaban a cambiar a una Iglesia católica aburrida, vetusta y lejos de la realidad para

hacerla atractiva a los jóvenes. Animarnos con nuevos mensajes y alegres canciones no fue difícil para alguien que amaba la música como él.

El mundo vivía una época de cambios. El movimiento *hippie* como respuesta de rebeldía a lo establecido se hacía fuerte en los Estados Unidos. ¿Quién no recuerda el más conocido de sus lemas, *peace and love*? Los jóvenes norteamericanos eran enviados a la Guerra de Vietnam y ya comenzaban a protestar negándose a luchar. En 1967, el guerrillero Ernesto *Che* Guevara fue acribillado por el ejército boliviano mientras intentaba reproducir en América del Sur la experiencia de la Revolución cubana. En abril de 1968, fue asesinado Martin Luther King, pastor evangélico defensor de los derechos de los afroamericanos en Estados Unidos (todavía tenían que sentarse en la parte trasera de los buses y no podían asistir a las universidades de blancos). Por entonces, un muro partía Berlín en dos: por un lado la Alemania comunista y al otro, la capitalista. En mayo, se produjo la revuelta estudiantil más grande de todos los tiempos en Francia, cuyas banderas fueron la lucha contra la sociedad de consumo, el capitalismo y el imperialismo. El 2 de octubre, los estudiantes mexicanos intensificaron sus protestas contra su Gobierno y el de Estados Unidos, lo que terminó en la masacre de Tlatelolco. Y un día después, el general piurano Juan Velasco Alvarado, con el apoyo de las Fuerzas Armadas, derrocó al presidente Fernando Belaunde Terry. Animado por arengas antiimperialistas, el nuevo gobierno, que se definió a sí mismo como nacionalista, formuló su propósito de recuperar las raíces y los valores andinos. Reemplazó así el cuadro de Francisco Pizarro de la sala principal del Palacio de Gobierno por el de Túpac Amaru, quien se convertiría en el símbolo de su revolución. Eran los años setenta, en el mundo y en Jesús María.

La Iglesia no podía darle la espalda a esta nueva realidad. Durante cuatro años, los obispos de todo el mundo deliberaron acerca del papel de los católicos y los cristianos frente a este panorama. Como resultado, salieron a la luz los documentos del Concilio Vaticano II, donde por primera vez se le da un rol importante a la figura de la mujer y, sobre todo, a los jóvenes. A mí y a muchos otros también nos resultó conmovedor escuchar al papa Paulo VI, al finalizar el Concilio, hablarnos a través de su “Mensaje a los jóvenes” para decirnos: “La Iglesia durante cuatro años ha trabajado para rejuvenecer su rostro, para responder mejor a los designios de su fundador, el gran viviente, Cristo, eternamente joven. Al final de esa impresionante ‘reforma de vida’ se vuelve a vosotros. Es para vosotros, los jóvenes, sobre todo para vosotros, por lo que la Iglesia acaba de alumbrar en su Concilio una luz, una luz que alumbrará el porvenir, vuestro porvenir”. Y más adelante afirmaría: “La juventud tiene la facultad de alegrarse con lo que comienza, de darse sin recompensa, de renovarse y de partir de nuevo para nuevas conquistas. Miradla y veréis en ella el rostro de Cristo, el héroe verdadero, humilde y sabio, el Profeta de la verdad y del amor, el compañero y amigo de los jóvenes...”. Correspondió al joven padre Martín tomar las banderas para hacer un llamado a los jóvenes de la parroquia San José y asumir —con poco agrado de los curas antiguos, formados con otras ideas— la gran tarea de plasmar el nuevo mensaje en un grupo juvenil.

Jesús María era —y todavía sigue siendo— un barrio tranquilo y bonito. Esencialmente clasemediero, tenía sus zonas más pudientes, como la avenida Mariátegui y los alrededores de la avenida San Felipe, donde vivía el expresidente Belaunde, arquitecto gestor de un ícono jesuítico: la Residencial San Felipe, inaugurada con bombos y platillos en 1967, donde

residían personas de mayor poder adquisitivo, sobre todo profesionales.

En consonancia con el espíritu de los nuevos tiempos, la parroquia de la iglesia San José atraía a los creyentes de las zonas más populares del distrito. Rodeaban a la iglesia el mercado, edificios de pocos pisos, numerosas quintas y chalets de dos plantas. Las chicas del Club Parroquial estudiábamos casi todas en la Gran Unidad Escolar Teresa González de Fanning, colegio estatal de mujeres de mucho prestigio, el cual había sido antes el colegio Lima Nikko, confiscado a la comunidad japonesa durante los años de la Segunda Guerra Mundial. Algunas otras, las menos, estudiaban en el Rosa de América, que si bien estaba cruzando la avenida Brasil, acogía a las chicas del distrito. Los chicos venían del Guadalupe —uno de los colegios de varones más importantes— o del Hipólito Unanue.

El grupo formado por el padre Martín se llamó Club Juvenil Parroquial San José. Él fue un guía y mentor para nosotros; lo que se llama ahora un *coach*. Nos proporcionó un lugar seguro donde discurría buena parte de nuestro tiempo. Los pasadizos y la gran escalera que se visualiza desde el parque fueron testigos de nuestros juveniles afanes, el local de la parroquia una segunda casa y los chicos que ahí estábamos éramos como hermanos. Juntos vivimos durante unos intensos años el descubrimiento de nuestra juventud y fuerza interna. Ahí nos reuníamos con el afán de encontrarnos a nosotros mismos y de buscar respuestas a nuestras dudas; se formaron los equipos de fulbito y vóley; algunos incursionamos en el proyecto de la Escuela para Empleadas del Hogar; ahí vivimos la inigualable experiencia de los primeros amores (y se consolidarían algunos que se convirtieron en matrimonios duraderos) y las amistades para toda la vida.

Había dos actividades muy importantes en nuestro quehacer: las reuniones de los sábados, cuando se discutían temas de la actualidad social y el papel de la Iglesia; y la otra, quizás la más importante, la misa de las siete de la noche. Cada sábado ensayábamos antes los cantos de animación, unas hermosas y nuevas canciones. Martín compartía con nosotros lo que sería su sermón del día siguiente, que resonaría en un templo imponente, lleno de feligreses jóvenes en su mayoría, con nosotros como protagonistas desempeñando diferentes roles, sobre todo el de coristas. Con Kike y Julieta como voces principales y con el acompañamiento de las guitarras y la pandereta, entonábamos los himnos. Se escuchaba así a toda voz cantar: “Óyeme tú que eres joven / tú que sabes comprender / tú que guardas en tus manos tanta fe. Tú que buscas las verdades / tú que tienes corazón / tú serás como nosotros/ cantarás nuestra canción...”. Y mención aparte merecen los sermones de Martín. Él ya no hablaba de pecado ni de infierno; su mensaje era de solidaridad con el hermano y nuestro compromiso como jóvenes cristianos, de cómo Jesús estaba contra el orden establecido y criticaba muy duramente a los fariseos. El templo vibraba con las palabras de un orador impactante.

Durante un buen y valioso tiempo que no olvido esa fue nuestra vida. Inevitablemente crecimos y nos fuimos separando. Cada uno tomó su propio camino, incluyendo a Martín, quien se fue a Arequipa a encargarse de la formación sacerdotal. Los chicos terminaron sus estudios superiores; algunos marcharon a provincias, otros migraron al exterior. Sin embargo, la comunidad se mantuvo y permanece unida hasta hoy por fuertes lazos de amistad y cariño. Martín ya no está con nosotros. La última vez que vino a Perú fue para celebrar el cincuentenario del grupo. Fue en 2018, justo antes de la pandemia.

Martín nos infundió la confianza y la aceptación como creadores de nuestras propias historias, tanto así, que pienso que formamos parte de una escuela de líderes. De hecho, algunos alcanzaron puestos importantes en grandes empresas y varios otros son profesionales destacados en sus áreas. Mucho ha cambiado desde aquellos días; sin embargo aún la magia ocurre cuando, al encontrarnos, retrocedemos la película y volvemos a ser esos jóvenes resueltos y rebeldes que fuimos. (¡Si nos vieran nuestros nietos!). Nos buscamos y nos encontramos como protagonistas de momentos gloriosos, otros vergonzosos, muchos de ellos sublimes. Los recuerdos se alborotan y todos cuentan su propia versión. Unos hablan en voz alta; discuten acerca de si el aprismo es mejor o peor que el fujimorismo; que si el capitalismo o el socialismo. Bailan sin censura, cantan a viva voz, planifican las visitas a los parroquianos enfermos, cuentan las anécdotas que ya todos conocemos, hacen videollamadas con los que están lejos y recordamos con cariño a los que pasaron a otro plano. De hecho, durante los terribles años de pandemia fue un soporte importante reunirnos semanalmente por Zoom. Todos los hijos de los parroquianos son nuestros sobrinos y los hijos de los hijos nuestros sobrinos nietos. Para mí son los hermanos y las hermanas que la vida me regaló. Como a los primeros cristianos que compartían todo y a quienes la gente miraba con admiración, creo también que muchos podrían decir al vernos: “¡Miren cómo se aman!”.



Ilustración de Jorge Rivera.

Naturaleza urbana

Víctor Obesso

Una tarde de fines de primavera, caminando por la Residencial San Felipe, me tropecé con unos árboles largos, muy grandes, rematados en hermosas flores azul púrpura, asediadas por las abejas, cuyo revoloteo perseguía tomar el néctar y llevar el polen hasta los estigmas de las flores para que germinaran y se reprodujeran. Eran jacarandás los que llamaron mi atención, antiguos árboles símbolo de belleza, resiliencia, renovación y, sobre todo, sabiduría. Por ello crecen amorosamente cuidados y protegidos en centros culturales, escuelas y universidades.

Un hermoso colibrí, la *Amazilia costeña*, con vuelo zigzagueante iba de flor en flor, su reluciente cabeza verde, el pico rojo prolongado en una punta negra y su pecho *beige*. Llegan en gran número a los parques en las épocas de floración, entre diciembre y marzo. La aparición me hizo pensar nuevamente en esta vivencial relación de ayuda que establecemos con la naturaleza. El jacarandá proporciona el polen, el picaflor lo transporta a diversos jardines y ocurre luego con los humanos lo que decía Van Gogh: “Si verdaderamente amas a la naturaleza, encontrarás belleza en todas partes”.

Esta armoniosa relación de bellos colores vivientes también ocurre donde los seres humanos habitamos. Las ciudades son ecosistemas urbanos, un complejo biológico y social que involucra el uso de energía para transformarla en transporte, vivienda, luz, alimento; pero acarrea aspectos negativos, como la contaminación de diversas formas. No en vano decía Victor Hugo: “Produce una inmensa tristeza pensar que la naturaleza habla mientras el género humano no la escucha”.

A la semana volví a pasar por el edificio Los Jacarandás. Encontré la zona conmovida: los vecinos y vecinas me indicaron que estaban por talar los árboles con el argumento de que no dejaban crecer a las otras plantas del jardín, además de que iban a colocar más asientos y caminos de cemento. Vi de inmediato que se cometía un atentado contra un microecosistema urbano que sirve de residencia a diversos árboles, arbustos y a otras aves como el chingolo, el loro cabeza roja, la tortolita peruana, el tordo y, por las noches, al búho. Y si somos más observadores, entre el manto verde encontramos mariquitas, que se alimentan de insectos daninos; escarabajos, que ayudan descomponer la materia orgánica; libélulas, que consumen mosquitos; y diversas mariposas como la hermosa monarca, que cuando abre sus dos pares de alas ofrece un color anaranjado recorrido por venas negras y tachonado de manchas blancas. También están, corriendo y saltando, traviesas ardillas de nuca blanca.

Una atenta y observadora vecina, la señora Teresa, dijo:

—He identificado dos grupos de ardillas que compiten por los espacios de los árboles. Uno está liderado por Chip, un macho hábil y fuerte; el otro por la Gringa, una hembra que llama la atención por el tono blanco de su piel.

Las ardillas sanfelipanas son parte del día a día y del entretenimiento de los adultos mayores, niños y niñas que disfrutan del paisaje.

Seguían contando los vecinos de la aparición de los trabajadores municipales en busca de una presa para devorar, pero no pudieron porque la presencia vecinal se manifestó con vehemencia por la defensa de sus derechos.

Don Lucho, el vecino de más edad del grupo, dijo:

—Tenemos valores cívicos y ambientales de lucha cuyos antecedentes se remontan a hace más de veinte años, cuando pretendieron construir más edificios en nuestras áreas verdes, y logramos parar el remate de nuestros jardines. Después, con apoyo de la Municipalidad, formamos un Comité de Defensa hace algunos años para impedir que se construyera un supermercado en una de nuestras zonas verdes. Ahí fue a puro cacerolazo, todos los días a las ocho de la noche, y la predisposición de los jóvenes en las redes sociales que apoyaban la lucha. A la semana vencimos. Entonces, muchachones y muchachonas, yo me apunto para reiniciar la lucha cívico ambiental.

Procedimos a organizarnos y nombrar una comisión para ir a la Municipalidad. Don Lucho fue el primero en apuntarse, luego la señora Teresa, Luis en representación de los jóvenes, la señora María y yo, que me encargaría de preparar una carta con las firmas de los vecinos y vecinas y don Lucho de entregarla y sacar la cita con el alcalde. Quedamos para una próxima reunión en casa de don Lucho. Me ofrecí a conseguir documentos e información para hacer fuerte nuestra posición.

Entregado a mi tarea, mi hermano, abogado especialista en derecho ambiental, me entregó la Ley 31199 diciéndome: “Con esto ya no ya, no tienes pierde”. La Ley de Gestión y Protección de Espacios Públicos y su respectivo Reglamento brindan las condiciones adecuadas para su sostenibilidad, incluyendo las áreas verdes.

La Municipalidad de Jesús María respondió a nuestro pedido y fijó la fecha y hora de la reunión. El gerente de Servicios de la Ciudad y Desarrollo Sostenible, junto con dos de sus

subgerentes, nos recibió amablemente y expuso su posición alrededor de la necesidad de hacer cambios para favorecer a la ciudadanía. Cuando me tocó el turno sostuve que había que tener en cuenta que la Organización Mundial de la Salud indica que como mínimo una ciudad sostenible debe contar con nueve metros cuadrados de espacio verde por habitante, y Jesús María está en el límite, con 9,27 m². Aseguré también que esta recomendación busca conservar un lugar de descanso para nuestros adultos mayores y de recreación de nuestros niños y niñas, un ámbito de intercambio social de nuestros jóvenes y un entorno para vivir junto a la naturaleza.

Las autoridades pidieron un cese de la reunión para conversar y dar respuesta a nuestro pedido. Luego de deliberar hicieron un informe de la situación y aceptaron nuestra propuesta, si bien con algunas observaciones. No solo conseguimos lo que queríamos. Aprendimos que debíamos mantenernos siempre organizados y tener en claro que sin lucha no hay victoria.

Cuando paso por el edificio y veo al jacarandá que espera la llegada del colibrí, protagonistas inmemoriales de las rutinas de reproducción de la naturaleza, en su danza de alas y pétalos que celebra la vida, suelo recordar una frase de Martin Luther King: “Aunque supiera que mañana se acaba el mundo, hoy mismo plantaría un árbol”.



Ilustración de Edith López.

Jueves en la plaza Cáceres

Faviola Luján

Fue en julio de 2024, lo recuerdo, cuando decidí viajar de Trujillo a Lima. Dejé atrás mi vida como quien arranca las raíces de un árbol. Todo había cambiado, mis hijos crecieron y tuve que marchar por la situación laboral de ellos; todos profesionales que consiguieron trabajos en Lima. Con mi esposo fallecido hacía algunos años, decidieron no dejarme sola. No hubo otra opción. Mi única ilusión era tenerlos a mi lado.

Recuerdo que antes de partir me invadió la melancolía, se nublaron mis ojos y brotaron lágrimas como gotas de rocío; sin embargo, respiré profundo, caminé de prisa por el pasadizo de mi casa, levanté mis maletas y en forma decidida me fui alejando de mi familia a pesar de mi aflicción.

Salí a la calle, los hombros caídos, cabizbaja, mi corazón palpitante, compungido por la tristeza. Afuera me esperaba un taxi. Llegué a la agencia resignada, subí al bus y poco a poco me fui alejando de mi querida tierra, de quienes también amaba, de mis amigos, con la esperanza de en algún momento regresar.

Desperté a las siete de la mañana, cuando aún el cielo estaba oscuro. Miré por la ventana. Ya me encontraba en la capital. Bajé de prisa, recogí mis maletas y hablé con un taxista de la misma empresa del bus para que me llevara a la avenida Cuba, en Jesús María. Llegué en veinte minutos. Detenida en el umbral de la puerta del edificio donde viviría, respiré con tranquilidad y percibí el frío a través del aire húmedo. “¡Qué diferencia con la ciudad de Trujillo, más cálida y seca!”, me dije acongojada.

Antes de entrar, me detuve un instante para observar un gran y hermoso parque humedecido por la lluvia. Sobresalía su verdor exultante, los frondosos árboles cubiertos de flores, muchas de ellas caídas en el piso, cuajadas de rocío, como una alfombra amarilla de la cual se elevaba el aliento de la tierra y la naturaleza.

Con el pasar de los días, conocí a mi amiga Dorita, vecina de mi edificio, una persona muy sociable. Me pareció de inmediato que íbamos a llevarnos bien. Fue un encuentro emocionante el que inició nuestra amistad. Viudas las dos, decidimos organizar un plan de actividades, como ir durante las mañanas a trotar media hora por todo el perímetro de la plaza que me recibió: Andrés Avelino Cáceres.

En las horas matutinas del distrito, los vecinos empiezan su vida; unos se dirigen a la panadería a comprar lo necesario para el desayuno; otros caminan en dirección a la escuela, el colegio o sus trabajos. Impera entonces el estruendo de las diferentes movilidades, que van de prisa queriendo ganar al reloj. En ese momento, Dorita y yo empezamos nuestro ejercicio diario.

El parque Cáceres, como familiarmente yo también empecé a llamarlo, es un lugar de paz donde se respira la frescura de los árboles, que definen sus ramas contra el azul del cielo como brazos abiertos para recibir a sus visitantes. Muchos de ellos llevan de su cadena a sus fieles perros, mascotas de diferentes razas y tamaños que alegres corretean por los senderos y el gramado. Las cómodas y seguras bancas invitan al descanso oportuno, acompañado de las palomitas que acuden en bandadas en busca de palabras amables y alimento. Una vez satisfechas, alzan el vuelo. También se escucha el gorjeo de diferentes pajaritos de colores que matizan el parque con sus cánticos y belleza.

El cansancio de las personas y su estrés se ven reflejados en cada uno de los rostros, pero el parque se ocupa de mitigar sus emociones y darles sosiego. Este verde lugar, por momentos también incógnito y misterioso, no solo es protector de los paseantes y los niños, también guarda muchas historias de amor.

Una mañana fría y turbia, Dorita y yo fuimos como de costumbre a correr. Al terminar, ocupamos una de las bancas en el centro del parque, cuando de pronto un hombre de rostro sereno y sonriente se fue acercando hacia nosotras con paso firme y seguro. Luego de saludarnos, me percaté de que buscaba dirigirse en especial a mi amiga. Me despedí entonces en forma apresurada diciendo que me ganaba el tiempo para hacer algunas gestiones.

Al día siguiente, no pude salir a correr. Dorita no quiso dejar de hacer ejercicio.

La mañana del viernes retomé mi rutina y volví a verme con mi amiga. Mientras dábamos vueltas al parque con Dorita, permanecimos en silencio. Le hice un par de comentarios, pero me respondió muy brevemente. Entendí que no quería hablar, pero poco después me dijo que el día anterior había conversado con el señor que se nos acercó.

—¿Qué te dijo? —le pregunté curiosa.

—Ni siquiera sé cómo se llama —me reveló con una sonrisa nerviosa.

—¿Entonces?

—Nada, quiere caminar conmigo el próximo jueves.

—¿Y tú quieres?

- No sé... ¿Tú que piensas?
- No parece mala persona.
- ¿Vienes a caminar con nosotras el próximo jueves?
- Claro que sí, Dorita.

A pesar de mi curiosidad y también el deseo de proteger a Dorita, el siguiente jueves no pude acompañarla. Cuando nos vimos la mañana siguiente, volvió a estar callada. Esperé que hablara cuando lo quisiera. A la tercera vuelta me dijo:

- Se llama Jorge, Jorge Gómez. Caminamos juntos.
- ¿Todo el tiempo?
- Sí, las diez vueltas.
- Se habrán dicho mucho entonces.
- Nada.
- ¿Cómo que nada? —pregunté divertida.
- Hablamos solo al final.
- ¿Al final de qué? —exclamé sin poder reprimir un par de carcajadas.
- No pienses mal —me pidió sin poder evitar sonrojarse—. Soy mayor que él.
- Pero para la amistad no hay edad, Dorita.
- Me pidió ser su pareja.
- ¡No! ¿Así nomás?
- No me lo propuso de inmediato. Primero me contó que está separado hace muchos años, sus hijos son grandes, profesionales. Se quedó callado un rato y me dijo que se había enamorado como un adolescente de mí, que no le había pasado antes, que no se quería aprovechar, que no le importaba nuestra diferencia de edad.
- ¿Qué le respondiste?
- Que sí.

Seguimos haciendo ejercicio con Dorita durante la semana, excepto los jueves. La imagino entregada a los hábitos del afecto, del amor reencontrado. Los viernes no le hago preguntas. Entre una cosa y otra, a ritmo de caminata, me entero de que las cosas van bien con ellos, e incluso han empezado a imaginar que pueden vivir juntos los buenos tiempos que todavía les quedan.



Ilustración de Stephanie Ramírez.

Jesús María en mí

Elizabeth Arce

Mis primeros recuerdos son los de un patio soleado, el aroma dulce de las buganvillas y la risa de los niños. Nací en Jesús María y crecí en el agrupamiento Angamos, un oasis urbano y refugio de tranquilidad en medio del bullicio de la ciudad. La también llamada la Unidad Vecinal —delimitada por las calles Horacio Urteaga, Canterac, Lloque Yupanqui y Talara— era mi propio universo. La glorieta central, un trono floral, era el centro de nuestras aventuras infantiles. Entre flores multicolores y bancos de madera, forjábamos amistades jugando a la escondidas y las chapadas, tejiendo sueños que se extendían tan lejos como nuestra imaginación.

La cúspide de cada año era la gran tómbola. Una expectación febril se apoderaba del condominio días antes. La sala de reuniones se transformaba en una cueva de tesoros, donde los premios, envueltos en papeles de colores brillantes, nos tentaban con sus promesas. Organizadas por mi papá y otros miembros de la junta directiva, los juegos entretenían a todos por igual, excepto quizás el reto Tonimalta: quien más botellas pudiera tomar de esta bebida hecha de malta se ganaría un peluche gigante. Decían que la bebida era muy saludable, pero yo no podía con su sabor ácido y amargo a la vez, lo que me impidió siquiera terminar la primera botella. Muy grata fue mi sorpresa cuando Rodolfo, Rodo para los amigos, me regaló el peluche después de haberse declarado ganador con ¡seis botellas! Mi papá no estuvo muy contento cuando le correspondí con el premio que me había ganado: un almuerzo en Don Bosco, legendario restaurante del distrito que ofrecía grandes y sabrosos

platos de comida criolla con toque niséi. Pero el mejor de los premios eran las entradas para los conciertos de la Nueva Ola en los cines Diamante, Ópera, San Felipe y Mariátegui, donde se presentaban Pepe Miranda, Pepe Chipola, Coco Montana y Jimmy Santi, también vecinos de Jesús María.

Compartí esos años maravillosos con mis amigas, con quienes hasta ahora seguimos en contacto gracias a las redes sociales. Décadas atrás nos enviábamos cartas. Uno tenía que escribirlas un poco apretadamente para que las hojas no fueran demasiadas. Si el sobre resultaba muy pesado, el sencillo que habíamos guardado de nuestras propinas para poder remitirlas no hubiera alcanzado. Después de visitar la agencia de correos frente a la plaza Cáceres caminaba de regreso a casa haciendo una pausa en la tienda de Yónico, en la esquina de Horacio Urteaga con Canterac. Allí me gastaba el excedente en un Sublime y una Inca Kola, entretenida siempre con la conversación y los chistes de la mamá de Kenji.

Tuve una infancia feliz ¡incluso en el colegio! Estudié en el San Anselmo, frente al parque Habich. Me encantaba ir a clases y jugar en el patio rodeado de hermosas flores que ninguno se atrevía a malograr a pesar de nuestros juegos bruscos. Todos los años me nombraban reina de la primavera, democráticamente elegida por mis compañeros. La felicidad era completa, hasta que un día cualquiera me vino la menstruación. Esto podría sonar extraño en la actualidad, pero en esa época nadie te explicaba ni te aconsejaba sobre sexo, ni siquiera tu madre. Se me manchó súbitamente la falda blanca que usábamos en educación física. Estaba en medio del patio, rodeada de mis compañeros. Algunos empezaron a burlarse y señalarme con el dedo, y yo sin darme cuenta de nada. Alguien debió avisarle a la profesora, porque me llevaron con la señora O'Connor, la directora.

Mi primera reacción fue de temor. Estaba muy asustada porque pensé que tenía algo muy grave, que me iba a morir. Llamaron a la psicóloga, y junto con la directora empezaron a decirme cosas que no entendía y totalmente nuevas. Pasaron los minutos que fueron horas eternas para mí, y llamaron a mis padres. Mi mamá pasó a recogerme en el auto. En el camino de regreso a casa yo estaba muda mientras ella hablaba y hablaba. Quería decirle que se callara. Estaba molesta porque no me explicó con anticipación cómo era eso de la regla; tanto que no le dirigí la palabra una semana y dejé de asistir a clases. Ni pensar en regresar y ver de nuevo a mis compañeros, sobre todo a los que se burlaron de mí. Me pregunté qué debía hacer. Me sentía avergonzada. Solo de pensar en ese momento me ponía a llorar y me planteaba a mí misma cómo hacer para superarlo, hasta que tomé valor y pedí a mis papás que me cambiaran de colegio. Para mí no había otra opción. Así entre al John Dewey School, en la avenida Cuba.

Dejar el San Anselmo fue como arrancar una hoja de un álbum de fotos. Cada rincón guardaba un pedazo de mi niñez. Pero el tiempo no para. Así me encontré navegando en aguas desconocidas. El primer día, el John Dewey me recibió con un aire de misterio y formalidad que contrastaba con la familiaridad de mi anterior colegio. Los pasillos, antes llenos de la algarabía de mis antiguos compañeros, ahora me parecían infinitamente largos y solitarios. Poco a poco, fui descubriendo mi nueva escuela. El salón de baile, con sus grandes espejos, me invitaba a soñar con ser una bailarina. La biblioteca, repleta de libros en inglés, era mi refugio. El laboratorio de ciencias, donde podía experimentar y descubrir, despertó en mí una pasión por la investigación.

Al principio, me costó hacer amigos. Mis nuevos condiscípulos tenían un aire más serio y estudioso. Sin embargo, con el tiempo, fui encontrando mi lugar. Descubrí que detrás de esas fachadas reservadas se escondían personas con intereses y sueños similares a los míos. Juntos, exploramos nuevas aficiones, compartimos secretos y crecimos juntos.

El John Dewey fue mucho más que un colegio. Fue un crisol donde forjé mi identidad, me hice independiente, superé mis miedos y descubrí talentos que nunca imaginé tener. Allí aprendí que los cambios, aunque a veces son dolorosos, pueden abrirnos las puertas a nuevas y emocionantes experiencias.

Hoy, sentada mientras escribo estas memorias, miro hacia atrás y sonrío. Los años pasan, pero los recuerdos permanecen. Angamos, el John Dewey, cada rostro y emoción se han convertido en parte intransferible de mí. La vida es un viaje lleno de altibajos, de despedidas y de nuevos comienzos; pero, a pesar de los cambios, lo más importante es llevar siempre en el corazón la llama de la curiosidad y la voluntad de aprender. Cada vivencia, por más pequeña que parezca, nos moldea y nos hace crecer. Y todo eso ocurrió en Jesús María.



Ilustración de Rosa Carrasco Zuleta.

1.999.999 veces mejor

Helba Cotillo

El sueño de la casa propia en Lima en los años noventa era casi imposible de realizar, más aún si se deseaba una con jardines o rodeada de parques. La tía de Tito no perdía las esperanzas, y ahorraba lo que podía para estar lista cuando se presentara la oportunidad. “Un sueño irrealizable”, le decían, “confórmate con un departamento en el centro de Lima, son más baratos”. Ella perseveró. Existía ese lugar: un departamento en la Residencial San Felipe, una zona con muchos jardines, frondosos árboles y variedad de pájaros. El primer día, se levantó muy temprano, emocionada, a contemplar su departamento, a mirar por cada una de las ventanas la belleza que la rodeaba. Al siguiente año de haberse mudado, su familia llegó desde el centro del Perú y se instaló muy cerca, a solo una cuadra de La Resi. Ese sería el hogar de Tito.

“Es muy pequeño”, exclamó su bisabuela al verlo dentro de la incubadora. Su mamá estuvo internada un mes completo, inmovilizada para lograr su completa formación. Fue mamá canguro. En pocos días desapareció el vello y asomó un hermoso bebé con grandes y expresivos ojos.

Tito vivió en un edificio situado en la amplia y arbolada avenida Salaverry, construido sobre el terreno de una típica casa del distrito de Jesús María que sirvió para el rodaje de una famosa telenovela peruana. Desde su gran ventanal podía contemplar los edificios de la Residencial San Felipe, rodeados de árboles poblados de flores amarillas y anaranjadas, las que, vistas desde lo alto, parecían componer una alfombra flotante.

Creció sobrealimentado, fuerte, lleno de energía. Era el anfitrión perfecto desde que pudo articular palabra, siempre encargado de hacer el brindis en los cumpleaños; entrevistando a los invitados con su micrófono de juguete primero y uno real después; animando las fiestas, bailando con las tías, abuelas y bisabuelas. Durante un almuerzo familiar, se enteró de que estaba invitada una tía lejana, a quien no conocía, Adela, cuyo cumpleaños era justamente ese día. Cuando sonó el timbre corrió a abrir la puerta, la tomó de la mano y, sorprendiendo a todos, le cantó una antigua canción: “Si Adelita se fuera con otro, la seguiría por tierra y por mar, si es por mar en un buque de guerra, si es por tierra en un tren militar”. Era tierno, sensible, hiperactivo y, a pesar de su corta edad, muy exigente de un trato justo.

Cuando estuvo en el nido, las profesoras le advirtieron a su mamá que debía llevarlo a otro colegio, pero Tito ya estaba enamorado de su escuela y su acogedora capilla, donde fue bautizado, y de sus colores y grandes patios. Suplicó quedarse. Prometió a cambio portarse bien y estudiar. Hizo su esfuerzo, y con ayuda pudo aprobar sus cursos. El inglés, al que se dedicó con ahínco los sábados desde muy pequeño, lo ayudó mucho en el curso de Comunicaciones.

Con el tiempo fue mostrando su carácter y personalidad en formación. Apenas llegaba a cualquier casa, revisaba la refrigeradora, se lanzaba sobre los muebles y encima de las carteras, cogía lo que le gustaba, quitaba celulares. Era imparable, no obedecía, todo le parecía un juego. Se referían a él como un niño demasiado inquieto. La mayoría lo calificaba de malcriado y engréido por ser hijo único y rodeado de mujeres consentidoras.

Así creció, entre su vida escolar, su casa, las clases sabatinas de inglés seguidas de un almuerzo o un paseo a la playa, los cursos vacacionales de cocina y natación, las visitas al psicólogo para sus terapias de concentración y comprensión lectora. Era un buen alumno, pero debido a su condición siempre tuvo el apoyo de un profesor particular de refuerzo.

Luego de las vacaciones, inició muy ilusionado el primer año de secundaria, pero la alegría solo le duró dos semanas debido a la pandemia del covid. El colegio y las clases de inglés, el pretexto para salir a pasear y comer algo, fueron cosas del pasado. No podía visitar a sus tíos ni a su bisabuela en la Residencial San Felipe porque eran personas en situación de vulnerabilidad. Fue una época de mucha incertidumbre y miedo.

Durante el encierro se agudizaron la ansiedad y las reacciones violentas que presentaba de vez en cuando. Uno de esos días, se quedó perplejo porque descubrió viendo una telenovela a un niño con una condición similar a la suya. La asumió con inteligencia, tratando de obtener más beneficios que perjuicios. Pero al retornar a clases, se incrementaron las notas con llamadas de atención, esquelas y reuniones con su madre para hablar sobre su comportamiento. Abundaban las denuncias por mala conducta, pero Tito negaba su veracidad. Siempre se quejaba porque sentía que nadie confiaba en él ni le creían aunque dijera la verdad. Un colegio religioso parecía un lugar adecuado para su formación, pero sus calificaciones empezaron a bajar y sus deseos de ir desaparecieron. Era momento de buscar una alternativa.

Cuando hubo que elegir una escuela para Tito luego de dejar el nido, el colegio cooperativo San Felipe, ubicado en la Residencial,

fue la segunda mejor opción. Era conocido por ser inclusivo, fomentar una cultura de respeto y tener una mentalidad abierta y moderna. Vecinos con hijos con características diferentes lo recomendaban. Otros decían que era el centro preuniversitario de la Universidad Católica porque muchos de sus estudiantes ingresaban rápidamente. Además, quedaba cerca a su casa y a la de su centenaria bisabuela.

En su nuevo colegio, recibió varias tareas que elevaron su autoestima y le permitieron integrarse. Fue nombrado delegado de aula. Como tal, estuvo encargado de poner orden y disciplina entre sus compañeros de cuarto de secundaria, rol no muy grato para cualquiera, pero Tito lo cumplió a cabalidad. Así son los chicos como él: cumplen rigurosamente las tareas encomendadas. También solía ser el maestro de ceremonias durante el Día del Logro, hacía la presentación en inglés del curso de Comunicaciones e integró el grupo de música tocando instrumentos de percusión. En las diversas actuaciones, se presentaba muy bien vestido y orgulloso con su cajón al hombro.

Tercero y cuarto de secundaria son el tiempo de las fiestas, sobre todo de los “quinos” como les gusta decir a los jóvenes. Tito empezó a frecuentarlas vestido como lo indicaba la invitación, a veces completamente de negro, otras de blanco. Como le gustan las cosas antiguas, compró en línea una cámara de fotos con película que fue la sensación en uno de los quinos donde se dedicó a fotografiar a sus amigos. Volvió a animar y disfrutar de las fiestas, como cuando era pequeño.

Un día, súbitamente inquieta por el recuerdo cercano de la salida de su primer colegio, su mamá le pidió que le contara qué era lo que había ocurrido. Tito no quiso tocar el tema antes, pero

ya más tranquilo y relajado con su nueva experiencia, contó que allí no había sido feliz. Apenas empezada la secundaria, no pudo integrarse, y su refugio fue la biblioteca. Era diferente al resto. Nunca pudo ir a un quino, no lo invitaban. Lo acusaban de cosas que no decía ni hacía, pero nadie le creía. Acudió a su tutor y al psicólogo, les pidió que hicieran algo, pero solo le decían: “No te preocupes. Vamos a investigar”. Su vida estuvo marcada entonces por la desconfianza. Él se sabía y sentía diferente, pero el resto no lo comprendía ni se esforzaba para hacerlo. Era más fácil descalificarlo y castigarlo.

Nadie podía imaginar las circunstancias en las que transcurrió el inicio de su adolescencia. ¿Cómo dudar del colegio y los profesores amparados en la fe y el catolicismo? La familia sufrió una conmoción. Fue obvio para ella que las personas diferentes serían mejor tratadas por gente que profesa y practica una religión. No fue así. Su salvación fueron los libros y los juegos que lo divertían a solas, las computadoras que él mismo ensamblaba y las cosas antiguas que compraba por Internet cada vez que recibía una propina.

Y un día llegó quinto de secundaria junto con la ilusión por el viaje de promoción. A Tito le encantaba viajar, lo había hecho casi anualmente y acompañado de su mamá, jamás solo y nunca fuera del país. Tenía temor. Miedo de estar sin protección, sin auxilio, a pesar de que sus maestros y compañeros eran totalmente diferentes. También le angustiaba viajar sin su mamá, pero a la vez le avergonzaba ir acompañado de ella a su edad: iba a cumplir diecisiete años. No obstante, venció sus miedos y decidió hacerlo como cualquiera de sus compañeros. Ilusionado preparó su maleta y llevó consigo sus artefactos de buceo y algunos de sus artículos antiguos y excéntricos. Antes

se burlaban de esa particularidad suya, ahora era motivo del interés de sus compañeros.

La tolerancia a la frustración es muy débil en personas como Tito, una condición que fue puesta a prueba en el viaje: casi lo deportan porque su DNI vencía un día antes de su retorno. Estuvo dos horas en trámites consulares y coordinaciones tensas con Lima. Superado este primer impasse, sus compañeros lo recibieron en el hotel con aplausos y vivas. Fueron las sinceras muestras del cariño del que había sido objeto en los últimos tiempos. Otro día, un cambio en el clima produjo un oleaje anómalo que lo hizo perder los anteojos en el mar. Lo ayudaron a buscarlos, pero sin éxito. Pasó luego por algunos apuros más, pero eso no impidió que se siguiera divirtiendo.

Ya en diciembre, durante la actuación de despedida a su promoción, el vocalista de la banda escolar tomó el micrófono y anunció que presentaría a una persona muy especial para él. Contó que desde que lo conoció aprendió a ver el mundo con otros ojos, lo que lo convirtió en una mejor persona. Hizo un breve silencio y luego reveló: “Es nuestro percusionista y futuro ingeniero en ciberseguridad”. Una gran ovación se levantó en el patio; chicos y grandes corearon su nombre: “Tito, Tito”. Las lágrimas corrieron por las mejillas de su abuela, emocionada por tan espontáneo homenaje. Tito tomó el micrófono y agradeció por la acogida, por considerarlo un miembro más de esa familia, por haber logrado cultivar amistades entre los de primaria y secundaria, por haber sido solidarios y justos con él, y... por ser un colegio 1.999.999 veces mejor que cualquier otro.



Ilustración de Irene Breña.

La señora Orfita

Guillermo Fajardo

Sin duda, la decisión de trasladar la sede de nuestra organización a Jesús María fue la más acertada. Este es un distrito tranquilo, alegre y de fácil acceso. Nos ubicábamos a solo dos cuadras del Campo de Marte, un gran y generoso pulmón de la ciudad que nos permitía respirar aire puro.

El local era una hermosa casona cuyo patio sevillano estaba cubierto por completo de azulejos y animado por una pequeña fuente de agua cerca a un mosaico que representaba a una pareja zapateando. Pronto se convirtió en el lugar más adecuado para efectuar las asambleas, festejar los cumpleaños o celebrar cualquier otra festividad que llamara al baile.

El inmueble, comprado por la organización, nos garantizó una larga permanencia. El día de la inauguración, como acto central, se plantaron dos poncianas en la berma del frontis. Fue la afirmación de nuestro compromiso con el medio ambiente. Se perdieron tres estacionamientos, pero nuestro quehacer ganó mayor convicción. La institución alquiló entonces una cochera para el uso de todos los trabajadores.

El único problema era el almuerzo. Si bien teníamos un comedor equipado con microondas y cafetera, no fue útil a los que no llevábamos lonchera. Es cierto que muy cerca teníamos restaurantes de diversos tipos y para todos los gustos, pero frequentarlos afecta al bolsillo y a la larga termina cansando. No hay como la comida de casa, del hogar.

A los pocos meses del traslado, una noticia se diseminó en todos los niveles de la organización: la vecina del frente, la

señora Orfita, había empezado a servir menús. Su comida era de primera calidad, con un sabor de casa insuperable, precios accesibles, porciones sumamente respetables y, la joya de la corona, la atención era brindada con el corazón; un corazón siempre cálido y sonriente. Mejor propaganda ni en la televisión. En este caso la buena nueva corrió amablemente de boca a oreja. Supe con más de una semana de anticipación de su próxima apertura. Un miembro de nuestra área de Desarrollo de Pequeñas Actividades Económicas me comentó de la larga conversación sostenida con la vecina del frente, quien, enterada de nuestro programa de microcréditos, le pidió la concesión de uno para iniciar su negocio de menús.

Aceptar esta solicitud significaba romper varias reglas: la principal era que el programa estaba dirigido a personas residentes en los conos circundantes a Lima Metropolitana sin mayores recursos económicos, en tanto Jesús María es un distrito de clase media y media alta que incluso albergó al hipódromo de Santa Beatriz, el primero de la ciudad, que en 1938 se trasladó a San Felipe, también dentro de los linderos del distrito. Aquel es ahora el Campo de Marte y este, la Residencial San Felipe. La casa de la señora Orfita era de muy amplias dimensiones y de dos pisos, naturalmente todo de material noble y con acabados de primera calidad. No era su condición la de nuestro tipo de cliente.

La segunda limitante era la edad: Orfita tenía más de setenta años. Nuestros créditos no pedían garantías reales. Más bien, debía asegurarse de que los sujetos de crédito presentasen las mejores condiciones de logro para posibilitar la devolución del préstamo. En este segundo punto, recordé que en una entrevista me preguntaron cómo nos atrevíamos a dar créditos

sin garantías. La respuesta fue simple: si en la punta del cerro adonde no llega ni el camión cisterna encuentras junto a la vivienda de esteras algunos geranios o cualquier tipo de plantas; o si al llegar a la vivienda los niños que la habitan en lugar de esconderse y mostrar temor o timidez te sonríen y abrazan, allí hay amor a la vida y capacidad de lucha.

La persona que se entrevistó con la señora Orfita aseguró que tenía mucha vivacidad y energía. Con eso cubría las características de nuestro cliente tipo; por ello se optó por otorgarle el crédito. Está por demás decir que fue nuestra más puntual pagadora.

Su servicio floreció rápidamente. Se incrementó continuamente el número de comensales, y no pasó mucho tiempo para que implementara el servicio de pedidos: si alguien deseaba desayunar o quería tomar un tentempié, hacía su solicitud telefónicamente y al rato estaba disfrutándolo en su propio escritorio.

También nuestra organización crecía rápidamente, y hubo que comprar la casa contigua. Para conectarlas se hicieron dos puertas luego de tumbar parte de la pared que las separaba. Éramos más de mil cien trabajadores, la mayoría establecidos en provincias, quienes debían desplazarse continuamente a Lima para recibir cursos de actualización y realizar gestiones administrativas, entre otras diligencias.

Así se propició la segunda oportunidad de negocio para la señora Orfita: solicitó un nuevo préstamo para construir algunas habitaciones, cada una con baño propio, en el jardín de su casa, las que sirvieron de alojamiento a nuestros trabajadores,

e incluso alquiló una de manera permanente a un trabajador residente en Lima.

Si bien la señora Orfita disponía de dormitorios desocupados en el segundo piso, jamás los alquiló; era su santuario de privacidad. Esta decisión contribuyó a que cuidara mejor a su esposo, aquejado de Alzheimer. Cuando la enfermedad estaba en sus inicios, sin problemas, era el encargado de abrir la puerta a cada comensal que llegaba, pero luego se lo tuvo que relevar de esta función, pues al menor descuido salía a la calle, y, desorientado, no sabía cómo volver.

Siempre me pregunté qué motivó a la señora Orfita a iniciarse en los negocios a una edad en que el común de las personas prefiere descansar y evitar mayores trajines. La primera razón me pareció aumentar sus ingresos. Luego pensé en la necesidad de canalizar el exceso de energía y vitalidad. O quizás fuera un afán de servicio a los demás. En fin, motivos habría muchos, pero en el caso de la señora Orfita casi puedo asegurar que el factor económico se situó en el último lugar de la lista, pues era ella socia del Real Club de Lima, ubicado en el distrito de San Isidro. Nos enteramos cuando invitó a cenar a su alojado permanente, su enamorada y a su jefa a una cena en este club luego de la ceremonia de graduación de su maestría en Administración. Ella se sintió muy orgullosa del logro conseguido por la persona que albergaba en su casa.

Los años pasaron, nuestra organización cambió de prioridades y requirió de menos personal. La propiedad fue vendida y demolida por el nuevo propietario para construir un edificio de diez pisos. Había empezado el proceso por el que Jesús María lentamente reemplazaría sus elegantes casonas por torres

de muchos pisos; así son los nuevos tiempos. Sin embargo, el encanto del distrito se mantiene gracias a su amable gente, que le infunde su calor.

Y se nos fue la señora Orfita. En su velorio, dentro de toda la majestad y circunspección de la ceremonia fúnebre, alguna persona que no logró identificar, para cumplir con el encargo que le hizo la difunta, dio a conocer una carta escrita por ella que aproximadamente decía así: “Queridos parientes, amigos y vecinos, me despido de ustedes con la alegría del deber cumplido y la satisfacción de una vida plena. Los llevo a todos en mi recuerdo, y me satisface haber tenido más de setenta hijos. Ellos son los comensales de la organización del frente. Lo único que me apena de este momento es no estar junto a ustedes para consolar a los que más sufren y me lloran. Desanuden esos corazones y sonrían a la vida”.

Cuando camino por el distrito, de pronto llega a mi mente el recuerdo de la señora Orfita, y me lleno de Jesús María porque ambos me producen el mismo efecto: me dan tranquilidad y alegría de vivir; me inyectan optimismo y energía para andar por la vida; me hacen sentir que se puede hacer un mundo mejor.

Participantes de Escribir para Leer



Elizabeth Arce vivió su infancia y adolescencia en Jesús María. Su sentido de comunidad la llevó a estudiar Informática en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Apasionada por la literatura, ha encontrado en los libros de misterio y suspenso de Agatha Christie, Maurice Leblanc y las hermanas Brontë una fuente constante de inspiración. Su amor por las historias y la creatividad la impulsaron a participar en Escribir para Leer. Hoy, como madre de cuatro hijos profesionales y abuela de cuatro nietos, sigue viendo en la literatura una puerta a la imaginación y el conocimiento.



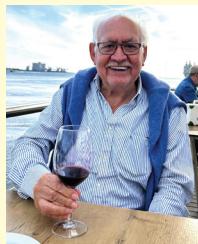
Beatriz Caballero es diseñadora de interiores y apasionada por la restauración de muebles, la pintura y el tallado. Su amor por la lectura y la escritura la ha llevado a participar en concursos de cuento, una experiencia que fortaleció su dedicación a la creación literaria. Se distingue por su esmero en la redacción y su meticuloso cuidado de la ortografía. Escribir para Leer representó para ella una oportunidad para seguir explorando su voz narrativa y compartir su pasión por las letras.



Helba Cotillo, ingeniera de sistemas nacida en Áncash, descubrió en el proyecto Escribir para Leer una oportunidad para explorar un nuevo y desafiante camino: la escritura. A sus 62 años, esta experiencia no solo le ha permitido adentrarse en la creación literaria, sino que también ha reforzado su hábito de lectura, motivándola a seguir aprendiendo y creciendo.



Margott De La Cruz es economista con más de veinte años de experiencia en entidades públicas y privadas, especialista en planificación estratégica y gestión de proyectos. Es una firme defensora del medio ambiente y promotora de una vida íntegra y plena para todas y todos. Su amor por la literatura la ha llevado a disfrutar de historias, novelas, cuentos, cómics y la poesía de César Vallejo. Gracias al proyecto Escribir para Leer ha hecho realidad uno de sus grandes sueños: incursionar en la escritura literaria.



Guillermo Fajardo, nacido en 1944, se considera ayacuchano hasta la médula. Su recuerdo más vívido de la infancia es la imagen de su padre, sentado en el sofá del corredor del segundo piso, absorto en un libro. Aquella escena repetida una y otra vez despertó en él el hábito y el amor por la

lectura. Participar en el taller Escribir para Leer le brindó una sensación similar a la que experimentaba al observar a su padre: plenitud y renovación.



Edith López pasó su infancia entre el Cercado de Lima y Jesús María, donde se estableció definitivamente en 1993. Química de profesión, siempre ha sentido una profunda pasión por la lectura y el arte. Desde niña ha cultivado su amor por el dibujo y la escritura, creando relatos y poemas ilustrados a lo largo de los años. Su experiencia incluye la edición de publicaciones de divulgación científica y técnica en instituciones de investigación, así como la traducción y revisión de estilo de artículos científicos. Escribir para Leer le ha dado la oportunidad de explorar y compartir su faceta literaria.



Faviola Luján vivió en Trujillo, su ciudad natal, antes de establecerse en Jesús María. Dedicó cuarenta años a la enseñanza de adolescentes como profesora de Lengua y Literatura, animada por el propósito de guiar a generaciones de estudiantes en el amor por las palabras. Ya jubilada, ha encontrado en Escribir para Leer el espacio ideal para alentar su interés por la escritura y dar forma a los borradores inconclusos que ha acumulado

con los años, tanto en prosa como en verso. Amante de la música romántica y peruana, ve en las letras un puente con su identidad y una oportunidad para completar lo que alguna vez quedó pendiente.



Víctor Obesso estudió Biología y Educación, y realizó estudios de posgrado en la Universidad para la Paz y el Centro Agronómico Tropical de Investigación y Enseñanza de Costa Rica. Recientemente, gracias a una beca, completó el Programa Especializado en Mediación de Lectura y Escritura de la Cátedra de Lectura, Escritura y Bibliotecas del Perú 2024, organizado por la Casa de la Literatura Peruana, la Biblioteca Nacional del Perú y el Ministerio de Cultura. Ha publicado cuentos ecológicos, algunos de ellos premiados, y dedica su labor a fomentar la ciencia y la literatura entre niños, niñas y jóvenes en situación de vulnerabilidad.



Stephanie Ramírez, nacida en Lima en 1990, llegó al distrito de Jesús María hace dos décadas, que desde entonces se ha convertido en su hogar. Abogada de profesión, siempre ha sentido una profunda atracción por el arte y la literatura. Sus intereses literarios abarcan desde las novelas clásicas y los cuentos de diversas culturas hasta las historias

fantásticas, las tramas complejas y los relatos de terror o acerca de lo desconocido. Confía en que los textos de esta antología inspiren a más de un lector a perder el miedo y atreverse a escribir su propia historia.



Jorge Rivera nació en 1967 en el distrito de Jesús María. Estudió Artes Plásticas en la Pontificia Universidad Católica del Perú y desarrolló una pasión por la creatividad que ha marcado su trayectoria. Su amor por la literatura abarca novelas, cuentos, poesía y cómics, y se complementa con su interés por la música, el cine y el teatro. Actualmente, explora la narrativa y la ilustración, fusionando distintas formas de expresión en un universo donde la estética visual y las palabras bien escritas se entrelazan. Escribir para Leer representa para él una oportunidad de seguir explorando y compartiendo su visión creativa.



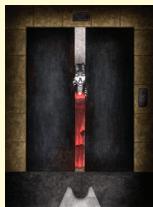
Carmen Zubiaga, nacida en Lima en 1956, vivió en Jesús María y dedicó su vida a la enseñanza. Hoy, como profesora jubilada, encuentra en la escritura un nuevo espacio de aprendizaje y expresión. Su motivación para participar en Escribir para Leer nace de la certeza de que los años vividos le han dejado muchas historias por contar y

el deseo de aprender a hacerlo de la mejor manera. Disfruta especialmente de la música negra, la criolla y la salsa, ritmos que, al igual que las letras, la conectan con su identidad y recuerdos.

Relatos e ilustraciones



“Palacio de verano”, Edith López
Ilustración de Edith López



“El alma de San Felipe”, Jorge Rivera
Ilustración de Laura Sofía Espinoza



“El año del arquitecto”, Beatriz Caballero
Ilustración de Jorge Rivera



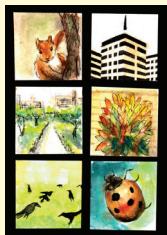
“Leo, el gato”, Margott De La Cruz
Ilustración de Margott De La Cruz



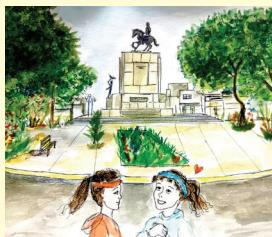
“Mudanzas”, Stephanie Ramírez
Ilustración de Camila Reinoso



¡Miren cómo se aman!, Carmen Zubiaga
Ilustración de Rosa Carrasco Zuleta



“Naturaleza urbana”, Víctor Obesso
Ilustración de Jorge Rivera



“Jueves en la plaza Cáceres”, Faviola Luján
Ilustración de Edith López



“Jesús María en mí”, Elizabeth Arce
Ilustración de Stephanie Ramírez



“1.999.999 veces mejor”, Helba Cotillo
Ilustración de Rosa Carrasco



“La señora Orfita”, Guillermo Fajardo
Ilustración de Irene Breña

Colofón

Este libro fue escrito e ilustrado colectivamente como parte del Primer Plan Lector Comunitario. Las historias aquí reunidas fueron creadas por vecinas y vecinos de Jesús María en el marco del proyecto Escribir para Leer, con el deseo de hacer de la escritura una vía hacia la lectura y de la lectura un acto compartido.

Agradecemos profundamente a las personas que, con lápiz, pincel o pantalla, dieron forma visual a cada relato. Sus ilustraciones son más que imágenes: son gestos que amplían el lenguaje, interpretan la memoria y embellecen la experiencia de leer.

Ilustraron esta obra: Irene Breña, Rosa Carrasco, Margott De La Cruz, Laura Sofía Espinoza, Edith López, Stephanie Ramírez, Camila Reinoso y Jorge Rivera

Gracias por trazar el alma del barrio.

Edición digital

Publicado en Lima, Perú, en 2025 como parte del proyecto Escribir para Leer. Primera edición digital en formato PDF, de distribución libre y sin fines de lucro.

Licencia de uso

Esta obra está protegida por una licencia Creative Commons Atribución-No Comercial-Sin Obras Derivadas 4.0 Internacional.

Para más información: <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>



El ser humano es una compleja condición hecha de actos y palabras. Los primeros son inevitables, las segundas son eso también, pero encierran la promesa de algo acaso mejor; eso que somos y también quisiéramos ser. De manera que cuando alguien empuña el verbo escrito se juega la vida que cree tener. Los relatos aquí reunidos son eso y quizá más; la constancia de que estuvimos vivos y presentes cuando el tiempo nos brindó nuestro efímero turno.

Escribir para Leer se propuso convocar a los contadores de historias que los humanos somos para relatar la propia dentro de los límites del lugar que el azar les dio como morada: Jesús María; un distrito único y singular, como todos, como cada quien lo vive y todavía recuerda.

Cada relato aquí incluido lo ha logrado con creces, entre lo notarial y lo artístico, entre la constatación y la expresión; ese equilibrio de la verdad que las palabras siempre buscan ser.

Este libro es parte de una idea originaria: la convicción de que la lectura no empieza con los libros, sino con el deseo de compartir lo que pensamos, deseamos y sentimos. Escribir puede ser, para muchos, un puente eficaz hacia la lectura. Por eso Escribir para Leer nace como un proyecto cultural y educativo, pero también como una declaración: la lectura no debe depender del acceso económico al libro, sino de la potencia de nuestra voz compartida y de las diversas formas en que un texto puede ser leído.